Tomo XIV

REPERTORIO AMERICANO

Núm. 13

San José, Costa Rica 1927 Sábado 2 de Abril

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

Una fábula de Lafontaine

=De *La Voz.* Madrid=



Por

R. Blanco-Fombona

Los Estados Unidos son, indiscutiblemente, pueblo de aguda perspicacia política. Ve lejos y ve claro. Para acercarse a la visión que columbra pone en juego las artes más diabólicas, más violentas o simplemente las más ingenuas, según las circunstancias. Tesonero, no se cansa. Previsor, sabe adónde va.

Y sabe muchas cosas menudas, pero esenciales: que la política—cierta política—es el arte de engañar, a veces hasta con la verdad; que los hombres carecen de memoria, de previsión, de raciocinio, de lógica; que las palabras, aun las meras y vacuas palabras que carecen de contenido ideológico efectivo, pueden servir, y sirven, de anestésico, de fórceps, de todo. Saben que, según la expresión feliz de Renán, sólo la imbecilidad humana puede dar idea de lo infinito.

Al mismo tiempo que asestan su garra sobre el corazón de América nos echan los yanquis paletadas de prosa dulzarrona, protestando desinterés y jurándonos amistad. Hay infelices que los creen y los llaman idealistas. Hay quien asegura que la culpa de sus agresiones a los países hispánicos, sus depredaciones previstas y ya seculares, se deben a nuestras *imprudencias.*

Directamente, o por medio de terceros, ya seducidos, ya sobornados, derraman sobre nuestras cabezas de chorlitos su palabrería ruidosa y vana. Nos vencen con los acorazados, con los *cines,* con los cables, con el oro y con las palabras.

Ahora mismo circula por ahí obra de autor portorriqueño que quiere serles grato. ¿Qué se proclama en dicha obra?

El dominio de las Antillas por los yanquis ha sido bendición del cielo. España ni la América hispánica deben alarmarse. La lengua española, la cultura española, el alma hispánica, quedarán incólumes. La libertad resulta compensada en las Antillas por la riqueza, por la felicidad colectiva. Allí se van a dar las dos razas antagónicas el abrazo que las funda y las conserve armónicas, en el mejor de los mundos posibles.

Todo esto, naturalmente, encanta a los yanquis. Se admiran en sus discípulos. Y los discípulos les sirven el plato que les gusta. La ambición fué siempre sagaz.

¿Cuál es la realidad? Se acaba de fundar en Puerto Rico un partido nacionalista, que lucha denodado por la independencia. Los hombres de ese partido parece que no se sienten del todo felices, que no se contentan con expresiones literarias y aspiran a algo efectivo, como el Gobierno propio. Para ese partido no vive Puerto Rico en el mejor de los mundos posibles. Tilda a los que disfrutan de la Administración y de sus mieles de trapisondistas inescrupulosos: «Están disfrutando del Poder en virtud de unas elecciones en que se coartó la libre expresión de la voluntad del pueblo, haciéndose burla y escarnio del legítimo sufragio.» *(Manifiesto que dirige al país el Comité directivo del Partido Nacionalista.* San Juan de P. R., octubre de 1925).

En cuanto al abrazo de razas en que se van a fundir todas las culturas y todos los rencores, exclaman los partidarios de la independencia portorriqueña:

«El Partido Nacionalista tiene que ver con aprehensión y temor cómo se va tratando en nuestras escuelas públicas de desnaturalizar el alma del niño portorriqueño, infiltrándole sentimientos exóticos y subversivos, que debilitan y acaban por romper los nexos históricos que los unen indefectiblemente a España, la nación madre», y con las repúblicas hispánicas de Américas, a las que «nos ligan lazos de afecto y hermandad indisolubles...» *(Manifiesto).*

Respecto a los que censuran nuestras *imprudencias* como promotoras del imperialismo yanqui, puede aconsejárseles que echen una mirada al mapa de los Estados Unidos en 1783. Linda en aquella época Yanquilandia con Francia, con España. Las primeras *imprudencias* debieron de cometerlas España y Francia. Las posesiones de España desaparecen. Las de Francia desaparecen. Sólo a México, más adelante, le arrebata cerca de un millón de millas cuadradas. La expansión sigue su curso regular y pre[illegible]to. Todo se va englobando y disolviendo en el Estado hercúleo y rapaz.

* * *

¡Y qué pupilas! Ya Jefferson preveía el futuro de las Antillas hispánicas. Prefirieron, esperando turno, que las Antillas quedaran en manos de España—comenta hace poco Marcelino Domingo—a que cayeran dentro de la órbita libertadora de Bolívar.

Cuando se inicia la guerra de Yanquilandia contra España, en 1897, por la posesión de las Antillas—posesión prevista con un siglo de antelación,—ya la política que los Estados Unidos iban a desenvolver, tanto respecto a Cuba como respecto a Puerto Rico, estaba medida y tasada. Nada se dejó al azar.

La suerte ulterior de Cuba y la suerte ulterior de Puerto Rico señálanse con la precisión de las leyes de la Naturaleza en algunos documentos oficiales del Gobierno de Washington. La victoria sobre España ni siquiera se pone en duda.

Las instrucciones que el Ministro de la Guerra de los Estados Unidos da el 25 de diciembre de 1897 al general en jefe de la expedición es uno de estos documentos reveladores. No lo extraigo de ningún archivo. Ha sido publicado. Conviene, por muchos respectos, en este país de mala memoria, recordarlo. Conviene recordarlo más que el testamento de Isabel la Católica. Comienza así:

«Esta Secretaría, de acuerdo con la de Negocios Exteriores, va a completar las instrucciones que sobre la parte de organización militar de la próxima campaña en las Antillas le tiene dadas, con algunas observaciones e instrucciones relativas a la misión política que como general en jefe de nuestras fuerzas recaerá en usted.

»El problema antillano se presenta bajo dos aspectos: el uno relativo a la isla de Cuba, y el otro, a Puerto Rico; así como también son distintas nuestras aspiraciones y la política que respecto a ellas *(es decir, por obra de estas aspiraciones nuestras)* habrá de desarrollarse.

»Puerto Rico constituye una isla feracísima, estratégicamente situada en la extremidad oriental de las Grandes Antillas, y a mano para que la nación que la posea sea dueña de la vía de comunicación más importante del golfo de México el día—que no tardará en lucir, gracias a nosotros—en que sea un hecho la apertura del itsmo de Darién (Panamá).

»Esta isla tiene cerca de un millón de habitantes de raza blanca, negra y mezclada, pero laboriosa y mansa. *Es adquisición que debemos hacer y conservar*, lo que nos será fácil...

»Recomiendo a usted muy eficazmente procure ganarse por todos los medios posibles el afecto de la raza de color, con doble objeto: primero, de procurarnos su apoyo para el plebiscito de la anexión; segundo, teniendo presente que el móvil principal y objetivo de la expansión de los Estados Unidos en las Antillas es resolver de una manera eficaz, rápida y humana nuestro conflicto interior de razas, conflicto que cada día aumenta merced al crecimiento de los negros. Éstos, conocidas las ventajosas circunstancias para ellos de las Indias occidentales, una vez éstas en nuestro poder, no tardarán en ser inundadas por un desbordamiento de esta emigración.

»La isla de Cuba, con mayor territorio, tiene menor densidad de población que Puerto Rico, y está muy desigualmente repartido; pero, a pesar de ello, constituye el núcleo de población más importante de las Antillas; su población la constituyen las razas blanca, negra, asiática y sus derivadas.

»Sus habitantes son, por lo general, indolentes y apáticos. En ilustración, se hallan colocados desde la más refinada hasta la ignorancia más grosera y abyecta; su pueblo es indiferente a la religión, y, por lo tanto, *su mayoría es inmoral;* como es a la vez de pasiones vivas, es muy sensual, y como *no posee sino nociones vagas de lo justo y de lo injusto, es propenso a procurarse los goces no por medio del trabajo, sino por medio de la violencia,* y como resultado eficiente de esta falta de moralidad, es despreciador de la vida humana.

»Claro está que *la anexión inmediata a nuestra Confederación de elementos tan perturbadores y en tan gran número sería una locura*».

Ya se sabe, pues, por qué se siguió un procedimiento con Cuba y otro con Puerto Rico. Ambos procedimientos conducen al mismo fin esencial: la esclavitud de aquellos pueblos. ¿En virtud de qué? En virtud del imperialismo yanqui. A la una se la cogen porque es rica; a la otra, porque es mansa; a las dos, porque son estratégicas. ¡Ah! Y porque los yanquis pueden enviar allí a sus negros.

Mientras se tramaban esos planes y se libraban esas órdenes de conquista y sujeción, no se dejó un momento en los Estados Unidos de protestar contra la política esclavista de España ni de mostrar el señuelo de la libertad—por la que se estaba desangrando—a la heroicísima Cuba.

Es característica de la política yanqui esclavizar en nombre de la libertad, arruinar a los pueblos—por medio de empréstitos compulsivos—y predicar y hacer creer que se les redime de la miseria; en suma, obrar daños y al mismo tiempo, muy luteranamente, preconizar el bien.

Y la Humanidad los cree bajo palabra de honor. Sí; tiene razón Renán.

A Roosevelt, que desmiembra a Colombia, se le concede el premio de la Paz; a Taft, filibustero en Nicaragua, se le considera el hombre del Derecho internacional; a Wilson, que invade a México, de donde es rechazado Pershing a tiros, y que no entra en la guerra europea—en lo cual hizo bien—sino después de echar sus cálculos, lápiz en mano, se le llama idealista. En los congresos panamericanos, inventados por Yanquilandia, y donde acuden pueblos que no poseen ni sombra de soberanía, los mismos despojados aplauden las protestas de buena fe y de desinterés de sus expoliadores.

Sirva un botón de muestra. En la Conferencia Panamericana de Río de Janeiro pronunció un Ministro de Relaciones Exteriores yanqui, el gárrulo y acaramelado Elihu Root, las siguientes palabras:

«Nosotros no queremos otras victorias que las de la paz; ningún territorio, excepto nuestro territorio; ninguna soberanía, excepto la soberanía sobre nosotros mismos. Consideramos la independencia y los derechos del miembro más pequeño y débil de la familia de las naciones tan digno de respeto como los del más grande imperio, y la observancia de ese respeto como la principal garantía del débil contra la opresión del fuerte».

Los coferencistas de caras amarillentas hasta se ponían colorados de entusiasmo. La prensa del mundo entero aplaudió.

¿No es verdad que todo esto parece una fábula de Lafontaine? ¿No es verdad que todo esto parece ocurrir entre ingenuos animales?

R. Blanco-Fombona

En otro artículo [1], al referir un encuentro personal entre el escritor Barrett, ya fallecido, y un aristócrata de Madrid, dije que el escritor había golpeado al aristócrata «hasta que se le cansó el brazo». Esta aserción ha provocado algunas protestas. Parece, en efecto, que las cosas no ocurrieron así. Personas tan respetables lo aseguran, que hay que rendirse a la evidencia.

Muy en punto pone las cosas una carta de don Alvaro Alcalá Galiano. Me complazco en reproducirla. Viene de un aristócrata con mucho espíritu corporativo o de clase, que es, por añadidura, persona veraz e ilustre compañero nuestro en la prensa:

«Mi distinguido compañero: Con el interés que me inspiran siempre sus escritos de usted, leí el otro día un artículo suyo en *La Voz*, dedicado a ensalzar la memoria de un escritor fallecido, Rafael Barrett, cuyos méritos literarios confieso que yo desconocía hasta la fecha.

»Pero el objeto de estas líneas es rectificar una versión completamente errónea de un suceso público que aun recuerda medio Madrid...

»Usted dice en su artículo que Barrett buscó al duque, que lo había difamado, y que se hartó de pegarle «hasta que se le cansó el brazo» (!!!).

»Permítame decirle que esto es completamente inexacto, y que quien se lo haya contado a usted así ha abusado de su credulidad.

»Barrett, en efecto, buscó al duque para agredirle y no halló, sin duda, mejor ocasión que la de una noche de *moda* en el Circo de Price, cuando dicho aristócrata estaba en un palco, con señoras. Barrett acercóse al palco, llamó al duque y al levantarse éste de su asiento le descargó con un mamporro un tremendo palo en la cabeza. Pero, lejos de seguir la agresión, y a pesar de hallarse desarmado, el duque se precipitó sobre Barrett, dándole una serie de puñetazos que, en la huída del cobarde agresor, le hizo rodar a éste los escalones del pasillo de palcos que conduce a la salida del circo, siendo entonces ambos separados por varios espectadores.

»Tal es la exacta versión de aquel suceso, que presenció todo un público indignado. En cuanto al aludido duque, no es otro que mi primo carnal el duque de Arión, hoy concejal de Madrid y actual presidente del Nuevo Club. Y yo le aseguro a usted que todo el que conoce su fuerza física, su estatura y su genio, difícilmente se lo puede imaginar recibiendo golpes cual indefensa víctima...

»Perdone usted, pues, la rectificación que,

1 Véase en el número **20** del tomo **XIII** del Repertorio Americano, el artículo titulado: *Un escritor de España que resucita en América.*

sin ánimo de molestarle, y conociendo su amor a la verdad, se permite hacerle su asiduo lector y afectísimo compañero, ALVARO ALCALÁ GALIANO».

Del mismo duque de Arión he tenido el honor de recibir una carta muy cortés, donde hace el historial del asunto. Su referencia coincide en lo esencial con el testimonio del señor Alcalá Galiano y con otras referencias verbales.

Si no volviésemos todos de buen grado, sin ajenos estímulos, por los fueros de la verdad, la vida social equivaldría a una jaula de fieras o a un antro de salvajes. Proclamándola, todos quedamos satisfechos; la verdad, la primera.

R. B.-F.

Por nuestro país

Oh Dios Todopoderoso!, que nos has dado esta buena tierra como herencia nuestra; te suplicamos humildemente que podamos ser siempre un pueblo consciente de tus favores y alegre siempre para cumplir tu voluntad. Bendice a nuestro país con la industria honrada, la ciencia profunda y las costumbres puras.

Líbranos de la violencia, de la discordia y del desorden, del orgullo y de la altivez, y de toda costumbre insana.

Defiende nuestras libertades y has que las multitudes, aunque procedan de muy diversas castas e idiomas, formen un solo pueblo unido.

Dota con el espíritu de sabiduría a aquéllos en quienes en tu nombre confiamos la autoridad del mando, para que puedan estar siempre con nosotros la justicia y la paz, y que mediante la obediencia de tu ley podamos ostentar tu gloria entre las naciones de la tierra.

En el tiempo de la prosperidad llena nuestros corazones con la gratitud y en días de infortunio, has que no decaiga nuestra confianza en ti.

Todo esto te lo pedimos en el nombre de Jesucristo, oh Padre Nuestro! Amén.

JORGE WASHINGTON

Traducido por H. D. M.

La lucha, pues, continúa

Juventud

=De *El Imparcial*. Guatemala=

CON la caída de Estrada Cabrera se inicia en Guatemala una lucha sin cuartel entre dos tiempos, entre dos ideologías, entre dos generaciones. Las incidencias de esta lucha se prolongan a través de los regímenes de Herrera y Orellana, gobiernos de transición, y llegan a las horas actuales en forma verdaderamente crítica, ya que por última vez, acaso, los representantes de la farsa nacional y el oprobio ciudadano, tratan de instalarse en el poder para seguir medrando. Dije dos tiempos, dos ideologías, dos generaciones, para simplificar la visión del conjunto. Con Herrera se intentó un gobierno nacional que fracasó por falta de hombres; con Orellana un gobierno de camarilla que entronizó en el poder la ineptitud y la desvergüenza. Y a través de ambos regímenes de transición, como antes dije, se proseguía, sorda y temeraria, la lucha entre dos fuerzas opuestas, entre la ideología de los que se satisfacen con postulados de dudosa existencia jamás llevados a la práctica y la de los que exigimos su realización. Los términos medios no caben. Los hechos son elocuentes. Las generaciones que domeñadas bajo Estrada Cabrera sufrieron por fatal designio su perniciosa influencia, soñaban con castillos de oro y rosas, tratando de engañarse a sí mismos en sus rebeldías juveniles, que sin duda las tuvieron, y de engañar a los demás, como en un baile de máscaras. Las generaciones que reaccionaron frente a Estrada Cabrera, se sublevaron la primera, la segunda y la tercera vez, hasta dar con él en tierra y en la experiencia aprendieron que el mundo se gobierna por hechos, que los procesos sociales son tardíos y las gestas dolorosas, y que no se puede ir a la democracia que soñamos sin acabar con el engaño de los partidos políticos, o, al menos, con las personalidades que forman dichos partidos y que en los actos de su vida, por regla general, hacen siempre lo contrario de lo que dicen y predican. De entonces a hoy, es el viejo intrigante, el empleaducho sin fortuna, el servil, el que mantiene la intranquilidad entre los vecinos confiados, revistiéndose, naturalmente, con etiquetas políticas desacreditadísimas. Es el pobre diablo, es el mediocre, es el que no sabe trabajar, el que siente que la ubre se le va de las manos y que se verá obligado a empeñar sus cachivaches, a pedir limosna o morirse de hambre, el que predica en nombre de principios que nunca ha querido de verdad. Y frente a estos tales está la juventud. Las camarillas de hombres incultos que han gobernado Guatemala, luchan en este momento por sobreponerse a la voluntad popular, a la voz de los periódicos y de los capacitados, que piden para los puestos públicos personas aptas, que antes que política hagan administración, y que lleven entendido que nuestro país no es vaca a ordeñar por los partidos, sino nación que aspira a mejores condiciones de existencia, y que para ello cuenta con la devoción de sus hijos que, por lo general, son trabajadores y gustan de la paz.

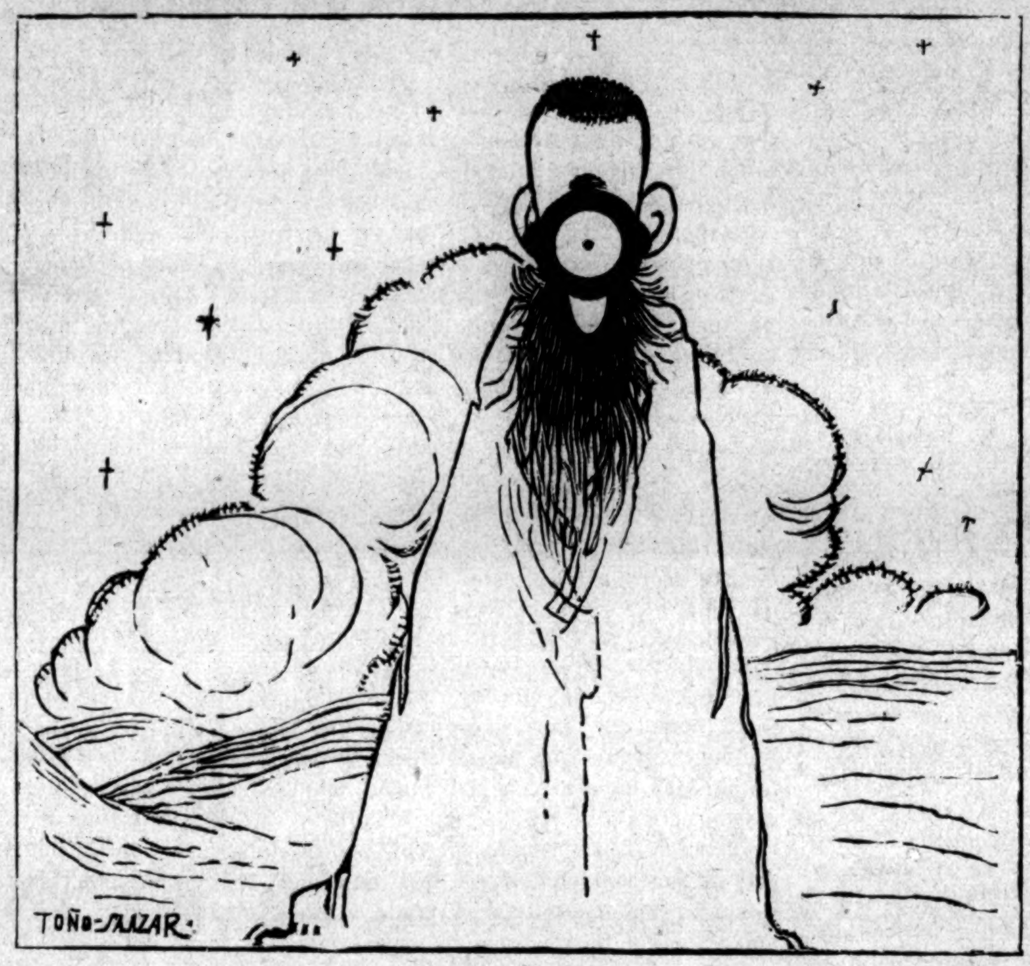
Largo sería seguir en todas sus fases la lucha a que me refiero; enumerar las diferencias ideológicas que existen entre las generaciones que actuaron en 1910, por ejemplo, y las de 1920. Mi propósito es hrcer notar a los ciudadanos honestos, cómo a medida que el tiempo transcurre, se hunde el régimen de Cabrera, sus allegados, sus representativos y sus enseñanzas. Los matones de ayer han adoptado hoy día la actitud de víctimas, mañana se vestirán de mártires y no será difícil que quieran que los canonicemos. El esbirro resultó gritando, libertad. El oreja, seguridades para su persona. El lacayo, dignidades y preeminencias de ciudadano. Nada de esto debe extrañarnos, pues en la lucha son permitidas todas las armas, mayor razón si se tiene en cuenta la calidad moral de los individuos y la desesperación del que siente que la vida se le acorta y no vivirá cincuenta años más, que es el caso en que dichos individuos están. La trascendencia del mal es limitada. Estrada Cabrera, a medida que el tiempo transcurre pierde los colores trágicos que disimulaban en él su facha de monigote. Para las generaciones de 1930, Estrada Cabrera no será sino un fantoche en mangas de camisa. Las horas pasan, fatalmente, viejos hombres de mi país, y a medida que pasan vuestras fuerzas decrecen y vuestros alcances amenguan. Detrás de vosotros viene la juventud y la vida, como véis, es la que se encargará de darle el triunfo completo sobre vuestros métodos de gobierno y doctrinas de partido. El tiempo nuevo, la mano joven, no entiende de símbolos ni respeta idolillos de barro. Careció de maestros, pero en la lucha contra Calibán fué guiada por su instinto rebelde. Pero su rebeldía conoció fronteras y ahora la véis afanada en construir, en enseñaros a construir, en fomentar en carnes saludables, el tiempo venidero. Hasta la juventud no llegan los insultos de los que no pueden superarla; primero, porque les falta tiempo en la vida y luego, porque les apremian las necesidades más elementales, enemigas, cuando están al servicio de almas mezquinas, de las supremas liberaciones de la inteligencia o del sentimiento. La lucha, pues, continúa. Seguimos de pie; los de ayer somos los de hoy. Como en las pinturas revolucionarias de Diego Rivera, estamos juntos, y en el cielo son una promesa de gloria las estrellas.

MIGUEL ANGEL ASTURIAS

París, 1927

Tirano Banderas

=De *El Universal*. México, D. F.=



Valle - Inclán

(Visto por Toño Salazar).

La última novela de don Ramón del Valle-Inclán — *Tirano Banderas* — será juzgada, probablemente, según dos criterios diversos y, en parte, inconciliables: uno será el criterio español; otro, el hispanoamericano. Conforme al primero, habrá quienes descubran en esta «novela de tierra caliente» —con plena justicia— una síntesis admirable de la América esencial, en el sentido en que hay una esencia última de España en *Luces de Bohemia* o en la *Farsa y licencia de la Reina Castiza*. Conforme al segundo, habrá los que perciban allí, en vez de la esencia, la caricatura. A propósito de este segundo modo de ver, conviene detenerse en unas cuantas observaciones.

Santa Fe de Tierra Firme, a no dudarlo, no es un México disfrazado—como no es tampoco, en particular, ningún otro de los países de la América hispana. También parece evidente que la época del relato novelesco—que por indicios podría situarse en los cincuentas o en los setentas del siglo XIX, o en la segunda década del XX—no corresponde de hecho con ningún momento de la historia americana. Mas aun cuando esto sea así, los lectores hispanoamericanos de *Tirano Banderas*—por lo menos en ciertos países, como México—difícilmente resistirán al impulso de referir la ficción del libro a las realidades vernáculas que han visto vivir o que están viviendo. Y como la realidad nuestra ¡no produce, bajo el implacable ojo estilizador y refinador de don Ramón, cuadros muy gratos para nuestras ínfulas vanidosas, los hispanoamericanos aludidos seguiremos el trazo que nos describe, atentos de preferencia a la exageración que haya en él, al exacerbamiento, a la caricatura—no a la revelación esencial. Los mexicanos, de seguro, seremos los primeros en bajar por esa pendiente, como lo anuncia ya el caso de mi ilustre maestro don Victoriano Salado Alvarez al juzgar, con severidad agudísima, el lenguaje voluntariamente contrahecho de *Tirano Banderas*.

En la nueva obra de Valle-Inclán el lenguaje es la primera piedra de toque, o de choque. La misma libertad con que quiso él—o debió—barajar los americanismos, para disponer de un idioma a la vez vivo e inexistente, parece como que ha venido a producir el efecto imprevisto de presentar a los hispanoamericanos sus giros y vocablos regionales con un tinte exótico, sujetos a un sesgo. Para los mexicanos, por ejemplo, los mexicanismos de *Tirano Banderas* llegan a no ser mexicanismos, o a serlo sin sabor, sin matiz, con un ligerísimo error de ajuste que, al darles demasiado resalte, los exhibe. Son acaso, a menudo, los mexicanismos que oyen los oídos no mexicanos, no los que brotan perfectamente afinados y equilibrados en la estructura de nuestra frase—mexicanismos sin los sutiles reflejos semánticos, y, en consecuencia, detestables y grotescos, pese a la maestría vigorosa con que responden, en su intrínseco valor gramatical, al perfil de los personajes de *Tirano Banderas*, siempre pletóricos de vida.

Con lo demás ocurre otro tanto: con el paisaje, con el ambiente, con los resortes de la acción novelesca. La traslación de lo relativo al plano de lo absoluto lo resuelve todo en contornos demasiado libres de medida, aunque fieles en cuanto a la silueta de cada ser particular. Desactualizado y desarraigado el relato, carece, porque lo contrario sería imposible, de la perspectiva difusa que de otro modo haría sensible el equilibrio de las proporciones.

A Tirano Banderas lo rodea un paisaje sincrético que, si no es el de México, está saturado de líneas, de masas, de colores mexicanos. Toda nuestra naturaleza, todas nuestras ciudades están allí, sujetas a dislocaciones cubistas de sobriedad y fuerza definitivas. Y lo que no está se columbra: cada rasgo, aisladamente, con su valor y su volumen exactos. El lector mexicano ve en *Tirano Banderas* desde el Usumacinta y la laguna de Tamiahua hasta Xochimilco; desde Veracruz hasta Puebla; desde Querétaro hasta Colima. Pero todo lo ve no según él lo conoce, sino como podría agruparlo en la pantalla, en busca de grandes valoraciones de color típico acumulado, un productor cinematográfico de genio, un productor a lo Chaplin: la mansión presidencial, incrustada en el ex convento; la Plaza de Armas, pululante de indios ensabanados y estridente de charanga y kiosco; las calles y paseos, vagamente bordeados de nopaleras y magueyes; en el centro, callecitas, travesías y portales de la época colonial; en los alrededores, mar, médanos, acequias, sauces, palmeras, canales en cuyas canoas bailan los indios la danza de los matachines, y, por encima de todo, dominando el pueril ajedrezado de las azoteas—tablero de casas chatas—, las cúpulas de azulejos, el quieto volar de los zopilotes y el cielo con inmensidades de color y de luz.

Tirano Banderas gusta de asistir, desde sus balcones, al cruel suplicio que se inflige a sus soldados. Su vida cotidiana es representativa de la atmósfera social de la república que gobierna. Al pie mismo de su morada trotan y se afanan las soldaderas. Si recibe visitas, una mulata vieja, sensual y descalza sirve limonadas y chocolate. Por las tardes acostumbra el tirano bajar al jardín público a solazarse con sus compadres. Allí juega un rato a la ranita. Mientras apunta con el tejo a la boca de la rana, escucha a lo lejos, sin inmutarse, las descargas de los fusilamientos. Cuando se cansa de jugar, se acerca al puesto de Doña Lupita, la chimolera, y obsequia a sus compadres, y se regala a sí mismo, con chicha y enchiladas. La chimolera es vieja amiga del Presidente de Santa Fe, y bajo su amparo se gana la vida vendiendo, a la sombra de un tingladillo, fritangas, cocos de agua, refrescos, aguardiente. Junto al montón de cocos Doña Lupita tiene el anafre del café y el metate de las tortillas.

Suele Tirano Banderas, sin embargo, salir

a la calle con propósitos más solemnes. Entonces va de levita y en landó, rodeado de su guardia dragona. Al paso del carruaje, la chusma de indios ensabanados se detiene en las aceras, sale a las puertas, se sube a las gradas de los templos y saluda, genuflexa, al militar que la tiraniza. Tal la mañana en que Tirano Banderas visita la prisión de Santa Mónica para poner libre al apóstol político don Roque Cepeda. Santa Mónica, lúgubre fortaleza colonial situada a un extremo del puerto, es el sitio clásico de las ejecuciones. Los días de muchos fusilamientos los tiburones se hartan: los cadáveres flotan largas horas sobre el agua y se destrozan contra el muro y las rocas.

¿Cuál es el origen de las sacudidas políticas que traen revuelta y tinta en sangre a Santa Fe de Tierra Firme? Las fuerzas del conflicto—como aparentemente en México—se polarizan en dos direcciones contrarias: una es la redención del indio por medio de la tierra; otra, el predomio económico de los extranjeros. Zacarías, el indio alfarero, decorador de jícaras y jarros, simboliza la inquietud emancipadora. Una noche entra a caballo en la tienda de Quintín Pereda, el empeñero «gachupín», echa a éste una mangana por el cuello y arranca al galope. En el polo opuesto está don Celestino Galindo—el españolísimo, el riquísimo, el tosquísimo don Celes, alhajado y obeso como cualquier Money Bags de los caricaturistas ingleses, y que sabe decir en el momento oportuno: «El indio dueño de la tierra es una utopía de universitarios».

En esta lucha, toda la simpatía de don Ramón—aunque tácita—está con los redentores; todo su prejuicio, contra la colonia española. Lo primero es perfectamente explicable. Más aún: de esta actitud parte la corriente de simpatía generosa que se siente fluir bajo las páginas de la novela. Valle-Inclán ha entrevisto la tragedia de México, y sería raro que no se sintiese atraído hacia a lo que en ella representa el mayor dolor. Pero ¿por qué lo otro? ¿Por qué ese ennegrecimiento injusto del industrial y el comerciante hispanos, que en América no son nunca peores que los de cualquier otra nacionalidad, inclusive los mexicanos, y sí mejores a veces, y con frecuencia más enérgicos, más audaces, más laboriosos? Yo no entiendo esto en Valle-Inclán ni como recurso artístico. ¿Deberá considerársele como una excesiva concesión a lo que tiene aire popular, y que, por tener demasiado, se desvirtúa en ciertos momentos con influjos ya no de lo popular, sino de lo vulgar? De cualquier modo, la lucha entre españoles y nacionales adquiere en *Tirano Banderas* una crudeza digna de los días anteriores a 1810.

El estilo de don Ramón del Valle-Inclán —enemigo siempre de lo superfluo y aun de lo útil no indispensable—es un factor más en la impresión de obra hecha con demasiado acento, que *Tirano Banderas* produce en el lector de América. Pero semejante reflexión no tiene nada que ver con el arte. En cuanto a éste, los valores quedan intactos. Olvidándonos de lo que la «novela de tierra caliente» puede o no puede significar, su vitalidad desborda el cauce: sus personajes y sus escenas son admirables.

Martín Luis Guzmán

París, Febrero de 1927.

El Centro de Estudiantes Ariel frente al imperialismo yanqui

El gobierno norteamericano ha hecho intervención con fuerza armada en el conflicto interno de Nicaragua, ocultando aviesamente el verdadero móvil de la intervención bajo el socorrido pretexto de proteger los intereses de sus súbditos radicados en aquella república convulsionada por la guerra civil. En realidad, esta actitud, habitual en la política plutocrática de los E. E. U. U., es una manifestación perfectamente caracterizada del **Imperialismo Capitalista Yanqui.**

Las formidables fuerzas de expansión económica de los E. E. U. U., con la alianza de una absorbente política exterior, avasallaron ya a muchas repúblicas americanas. Dentro de la zona de proximidad geográfica son notorios los casos, entre otros, de Cuba y de Panamá cuya soberanía nacional está enajenada al gobierno de la Unión.

Al amparo de los dictadores venales, Leguía, Saavedra y Gómez, la penetración económica norteamericana está obrando en Perú, Bolivia y Venezuela, con amenaza segura de convertir a dichos países en verdaderas dependencias coloniales de los banqueros de Wall Streed.

Es por demás ilustrativa la insidiosa y frecuente hostilidad del gobierno estadounidense con **México, puesto de avanzada en la lucha contra la política y el capitalismo invasores.** El imperialismo del Norte fué y sigue siendo el más hipócrita y brutal enemigo de ese admirable movimiento de construcción nacional mexicano que, al tiempo de orientarse hacia un sistema social de amplia justicia, está perfilando un tipo genuino de cultura.

En el Uruguay, que por destino histórico se ha librado hasta ahora de la penetración yanqui, existe una absoluta insensibilidad para el problema. Por lo mismo urge promover un poderosa voluntad de repudio y crear una conciencia vigilante frente al peligro.

En ocasión del presente atentado a Nicaragua, el Centro de Estudiantes Ariel reafirma los principios de lucha contra el imperialismo yanqui, que son ya uno de los postulados esenciales que informan el contenido ideológico de las nuevas generaciones americanas.

Centro de Estudiantes Ariel
Montevideo.

Página lírica

Noches de la prisión

Para Visitación Padilla,
alma patricia

Es media noche y alguien a las rejas
toca de mi prisión,
y se advierte en la mano que golpea
angustioso temor.

En el lecho de un salto me incorporo,
y, con inquieta voz,
—¿Quién vá? pregunto y sólo me responde
un tímido rumor.

Tan leve como el beso de una boca
exangüe en una flor;
o el pie fugaz de casta virgen trémula
en cita de pasión.

Y ese rumor alza en mi celda el vuelo
de una loca ilusión;
se hace lirio el ambiente, y las tinieblas
se incendian de fulgor.

Ay! tus latidos insensatos calla,
ardiente corazón,
que ella, la que en secreto adoras, nunca
se acercó a tu dolor...

No; no es ella quien llega, si bien tiene
de ella aquel esplendor
que fluye de su cuerpo, cual si fuera
de su cuerpo el olor.

Sino la blanca luna en su argentino
y diáfano albornoz,
que avanza en mi prisión bajo la angustia
de un pánico temblor.

Oh, luna, la más linda de la tierra!
¿qué insólito pavor
te embarga el alma y pone en tu semblante
tan hórrida expresión?

Con un largo ademán el astro lívido
su índice alumbrador,
calladamente saca por las rejas
de mi torva prisión.

Y lo extiende mostrándome a lo lejos
el siniestro fulgor
de aguda bayoneta que en la sombra
asecha mi evasión.

Y al par me enseña el índice radiante
la cínica expresión
del ruin soldado que en mi celda atisba
con ojo azul, feroz.

La frente obtusa, los cabellos rojos,
y el labio en contracción,
con ese rictus de crueldad estúpida
que imprime el alcohol.

Un ribete de sangre le festona
las uñas en redor:
cobardes uñas, garras tal vez de hiena,
no zarpas de león.

Oh, dulce compañera de mis noches
de cárcel y dolor,
blanca luna, la paz recobra y vence
tu cándida emoción.

Que ese soldado de tan vil aspecto,
y ojos de azul feroz,
a pesar de la sangre de sus uñas,
su abuso del licor,

Y sus hazañas de pillaje y ruina,
y estupro, y violación,
y de incendios, martirios y hetacombes
por doquiera pasó,

Es, oh, pálida luna, el super-hombre
que Wilson destinó,
con paternal cariño, a enseñarnos
su nueva religión

De paz y de concordia entre los hombres
de una y otra nación,
y que el Estado fuerte contra el débil
se erija en Protector.

En cambio, el débil colmará del fuerte
la muy justa ambición,
entregándole al par hacienda y vida,
y además el honor!

Y en garantía de este noble pacto,
de protección y amor,
cualquier disputa quedará tranzada
por la ley del cañón.

Vete, luna, y proclama nuestra suerte,
y cuánto fué tu error
al pretender juzgar por un soldado
ebrio, ruin y feroz,

esta cumbre gigante de progreso
y civilización,
tan ideal ¡oh luna! que hasta ahora
nadie nunca la vió!

Fabio Fiallo

Medioeval

A la ilustre poetisa
Alfonsina Storni

¡Cuán otra de la altiva castellana
Que en justas, caza y fiestas de salón,
Mostraba al mundo su arrogante ceño,
Aparece en su alcoba doña Sol!

La frente humilde y pavorida el alma
Por un fatal presagio de dolor,
La ve a sus piés la misma dulce Virgen
Que de niña amparaba su oración.

Súbito, un hondo y lúgubre silbido
Parte el silencio de la noche en dos...
Y una estridente carcajada vibra,
Que al propio infierno diérale pavor.

Oyese un ¡ay! profundo y lastimero,
Al par de queja es un postrer adiós!
Aulla un can cuyo angustioso acento
Entre mil distinguiera doña Sol...

Se hincha el jardín con un tropel de gente
Que vienen, van y en misteriosa voz
Un suceso comentan... Un suceso
Que causa a todos invencible horror.

Huella un paso altanero la antecámara.
Pónese en pie de un salto doña Sol;

Su fiera voluntad requiere altiva,
Y en tal broquel recata su temblor.

Resuena un toque en la cerrada puerta,
Detrás del toque, un áspero empellón,
Y asoma en el umbral un caballero,
Adusto el ceño, lívido el color.

Mas, se repone, y, sonriente dice:
—Un hombre ha muerto al pié de ese balcón.
Rondar le ví, creyéndole un furtivo
Cazador, mi venablo lo abatió.

Era Juan... Ya sabéis: el jardinero...
¡Pobre zagal tan apegado a vos!
¡Bah! dadle algún dinero al triste padre,
Y más no se hable de mi torpe error.

Miró a su esposo la doliente esposa,
Y en confesión altiva de su amor,
El orgullo implacable de sus lágrimas
En dos límpidas perlas le mostró.

FABIO FIALLO

La Vega. Rep. Dominicana.

Nieve

Yo siento la belleza de la nieve
sobre mi corazón enardecido,
cayendo como un himno de los labios
de la sagrada virgen del olvido.

Himno de claridad y de dulzura,
himno de claridad ultra-emotivo
que mitiga el dolor y que consuela
las almas de los hombres afligidos.

Notas de idealidad hay en la nieve,
notas de compasión y de consuelo,
sones de una esperanza y sones vagos
de una ilusión que se perdió en el tiempo.

Pero la nota suma de la nieve,
la idealidad suprema,
es su himno de blancura que desciende
como un beso de Dios sobre la tierra!

M. T. SALAZAR

Bruselas, 1925.

Marinas

Dulce caminar

Fuí vagabundo en la montaña.
Soy el hombre triste del mar.
Sólo tu sombra me acompaña
en este dulce caminar.

Vi en los cerros la luna llena.
Ahora es de plata en el mar.
¿Hay otra luna más serena
que encontrar?

Por los senderos que yo sigo
se va a la montaña o al mar.
Y no quieres venir conmigo
en este dulce caminar.

Azules

Todo está en claros azulejos,
con ese inmenso azul de mar.
Cantaba un pájaro a lo lejos.
Ya su voz no se escucha más.

Silencio azul viene del monte.
Es toda azul la soledad.
Llega del último horizonte
un barco azul sin capitán.

El mar azul. En mis retinas
toda la azul inmensidad,
con sus locas alas marinas
y su brisa fresca de sal.

El mar azul! Y al mar le digo
este gris dolor de pensar
dónde irá la ruta que sigo.
Y azul y azul es siempre el mar!

Grises

Es un encaje la neblina.
Gris la mañana, gris el mar.
¡Esta nostalgia peregrina
de ser neblina, y caminar!

El cielo gris, de un gris entero
que no deja el cielo mirar.
Un gris monótono de acero,
un gris que nunca ha de pasar.

La lejanía es tan cercana,
que teme el pájaro volar.
¡Si estás aquí, mujer lejana,
y tu recuerdo hace mañana
la mañana crepuscular!

Oros

Cae, violeta y amarilla,
sin alas, una nube al mar,
y se la ve desde la orilla
en oro vivo agonizar.

Es oro el sol que se derrama
en un lento vuelo mortal
y se extingue como una llama
en el abismo de cristal.

Fué de oro el último reflejo,
y sólo queda el recordar...
Ya son matices de oro viejo
los del oro crepuscular.

Atardecer largo y violeta,
oros calientes en el mar,
¿qué color tiene la secreta
melancolía de soñar?

Capitán

¿Verán los ojos míos,
que sueñan en la espera
de todos los navíos,
la alegría viajera?

Capitán, los tardíos
barcos de la quimera,
¿por qué mares sombríos
traen a la viajera?

Yo tengo todavía
de niño la alegría;
pero toda la diera

si de tierra lejana
llegase una mañana
la alegría viajera.

CARLOS PRÉNDEZ SALDÍAS

Santiago, Chile.

A la mujer amada; cuyo nombre sólo se pronuncia en el corazón...

Bienamada, presta oído y recogimiento a las quejas que voy a decirte con palabra trémula; ellas brotaron así, inconexas, en los instantes más sinceros de mi vida y que guardé para ti...

He caminado veinti tantas primaveras sobre tierra desolada; hoy me encuentro en el principio de una soledad que me mata...

No quisiera derramar amargura sobre las cosas, pero es que éstas la vaciaron en mí, y ahora se está desbordando la que ya no puedo contener...

Veme los ojos; observa la sombra densa que cubre mi rostro: me estoy quedando ciego de tanto mirarme dentro un anhelo imposible.

¡Primavera! ¡Sol! De los mares asciende al espacio el azul, luego se derrama en la tierra en temblor de emoción. ¡Qué día más hermoso es hoy! ¡Mas... cómo hace falta la felicidad en el corazón!

¡Con qué vehemente anhelo quiero morir! ¡Con qué ansia! Así como el peregrino harto de fatiga, bajo un sol caldeante desea un cántaro de agua para apurarlo a grandes tragos, bajo el cobalto limpio del infinito...

Mi existencia es tal un arco que al ir a disparar se rompe y cae bajo el brazo desfallecido, sin el consuelo siquiera, de haber arrojado su flecha en el vacío!

Yo no tengo familia ni hogar. He llorado toda la noche por tu ausencia, y te llamé inútilmente entre sollozos con palabra dulce y honda: tú, por la mañana viniste más alegre que los niños.

Mi dolor íntimo, por la acción humana, es una llaga ensanchándose igual que mancha de aceite en mi cuerpo, ebrio de ansias.

La soledad con que me ha rodeado la vida, produce en mi ser una mueca silenciosa, amarga, imprecisa en la desolación; como la de los indios en cuclillas, contemplando panoramas que miran y no entienden.

Ven; te suspira el ritmo de mis brazos potentes; yo meceré en el espacio tu cuerpo de luz, mientras se desgranan nuestros huesos a la ley ineludible: «¡Quedan tantas amarguras para mañana!»...

Si tuviera una esperanza, si tuviera una fe cierta, sangraría con júbilo, paso a paso mi planta sin fatiga; pero he visto aquí cientos de soles cruzar la llanura rara del cielo, con tal indiferencia, que yo sigo clamando: ¡Hasta cuándo! ¡Hasta cuándo!...



Mi soledad es muy grande. Amigos, no los necesito, pero sí hablar de mí mismo, y no tengo con quien.

ANDREIEV.

Mírame en estas noches; estoy triste, más triste que Cristo en Gethsemaní, más abandonado que Job... Tengo lágrimas en los ojos y un nudo en la garganta. Estoy pronunciando tu nombre con un fervor tan profundo, que siento cómo tiembla mi ser, siento que Dios mismo, habla en mi corazón.

¡Oh, amor!, yo no te hubiera deseado nunca, pero te traía la palpitación del universo, que es más fuerte que nosotros.

¡Oh, amor!, entra en mí y enséñame tu secreto profundo en la revelación: cada uno de nosotros tiene que sufrir en ti toda la desolación.

Mi vitalidad es como un penacho; como un grito desesperado, multánime, lanzado en mitad de la noche compacta, y al cual sólo responde el rumor del caracol nocturno.

Quietud, quietud, qué amargura más profunda has dejado en mis labios, hechos para decir canciones de esperanza y libertad.

Señor, calla estos labios; ya me duelen de quejarme. Temo increpar lo que más he amado y que ha sido el ideal de mi vida miserable: mi madre, ella, la idea abstracta de lo eterno...

La que llenó mi vida de cariño y angustia, se ha tornado sorda; mientras en mi retiro, yo sigo llorando en el hueco de mis indiferentes manos.

La pupila de Dios, fijamente nos observa en la tiniebla del universo. Quiéreme como yo, con la fuerza pura y sola de nuestras almas. Él espera de nosotros... ¡Mira!, se está haciendo de auroras entre sus manos la última estrella...

¡Oh terquedad de entregarse hora tras hora en amargura! ¡Amar, amarte en el sufrimiento vano!... ¿Por qué seremos tan niños?

Apenas si es ya una pequeña marea mi pena en los ojos: se arrasan de lágrimas, las que tornan hacia dentro, vuelven y se consumen sin más tragedia que el silencio... ¡El silencio!... la sal profunda y perpetua de las naturalezas enfermas...

Siento que la fuerza nativa del indio me renace, y que la potencia de los elementos aulla en mí. La sangre tiene violentos impulsos, y los brazos en cruz clavados a la tierra, son ahora enormes cruceros queriendo abarcar los horizontes; el ideal grávido de embriaguez se hunde como vibrante dardo en el límite de todas las cosas, y el corazón es un martillo pleno de emoción.

¡Emoción! ¡Emoción! Silba el viento en el filo del éxtasis, de los montes, y cada sonido es un profundo canto, y la luz hace una dinámica corona que se ensancha en ondas concéntricas hasta arrancar el grito exaltado de la expectación.

¡Amada! ¡Bienamada! Es nuestro instante. Quiero antes de tomarte para siempre, danzar contigo en el lomo de las cordilleras, en el confín de los horizontes. Alcemos los bustos, ondulemos los brazos, los cuerpos, y estallemos en un ritmo de dicha y dolor.

¡Amada! ¡Bienamada! ¡Escucha! Cómo se hace música el mismo llanto, cómo la queja se hace himno, y cómo lo que nos atormentó tanto se torna en satisfacción inmensa, porque fuimos fuertes.

Voy a tomarte para siempre; abre las pupilas de todos tus finos sentidos, que va a ser la hora sublime de la gestación!

...La he perdido, hermano don Quijote; ella fué para mí, madre, esposa, amante, amiga... lo era todo. Ahora sólo me resta soñar que vivo y esperar, la vida es una eterna espera inútil, tú lo sabes, soñador hermano don Quijote...

ALFONSO FABILA

Tomado este fragmento de la novela inédita de costumbres *Los Brazos en Cruz* y que próximamente daré a la luz pública.

s/c: Calle de San Pedro de los Pinos, 13
Colonia del Valle. Mixcoac.
D. F. México.

La nota de Berta Singerman

Es cosa clara que toda esta complejidad de naciones va buscando concertarse en una pieza sinfónica, cuyas partes han de responder a un propósito superior. Los países, los continentes, el mundo entero, tan disímil al parecer, tan amplio, tan hondo, aspira a la cooperación armoniosa de todas las clases biológicas. No desde puntos de vista delimitados por la ciencia moderna, escasa en recursos, sino, y en modo particular, por la razón misma de los hechos, con todas sus sorpresas. Es lo que no pueden, o no quieren ver los escépticos, para quienes los episodios biológicos carecen de correlatividad sinfónica. Estado elemental de las facultades contemporáneas. No madurez espiritual, como se pretende: falta de plena percepción de las generalidades del mundo, de asimilación de una estética de carácter cósmico, sin dejar de ser práctica en sentido eminente, particular y tangible.

Tenemos que resucitar las concepciones antiguas del universo, en lo que tienen de totalidad panorámica, en lo que tienen de ocultismo mitológico, en lo que tienen de helenismo, en sus formas hieráticas y paganas, si se quiere; en lo que tienen de profecía y de canto.

De otro modo, la experiencia de los viejos modernos, para cuyos sentidos el mundo envejece con ellos, será excusa suficiente para alentar el fragmentarismo social que nos divide en escuelas, en masas industriales, en factorías políticas y en clanes religiosos sin trascendencia.

No. Todo converge, todo camina bajo la inspiración de un mismo soplo, bajo el auspicio de una infinita generalidad musical. Y por esto las ciudades y los países, y los continentes, han de provocar la aparición de los nexos inéditos, y, la rehabilitación de los públicos que se perdieron en las civilizaciones antiguas.

Sólo así podemos explicarnos la verdad y la grandiosidad de las aspiraciones bolivarianas, que propalaban la unión de la América como un principio de humanitarismo filosófico, tan menospreciado por unos, tan ignorado por otros, tan necesario para el equilibrio mundial.

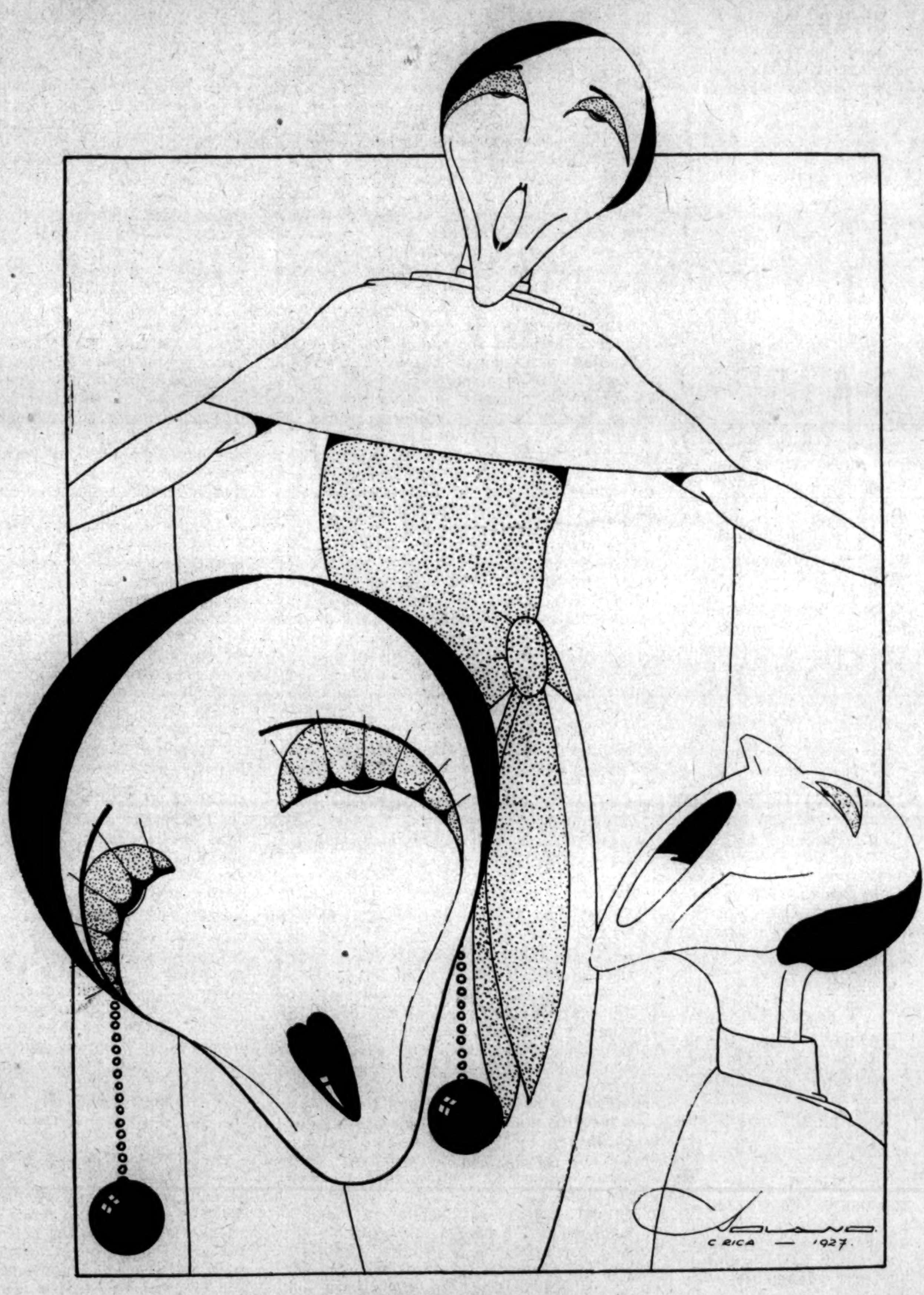
* * *

Pero la unión de nuestra América se está preparando desde hace mucho tiempo dentro de un desconcierto ideológico aparente, que la realidad corrige, que la realidad recorta y extiende, siguiendo el curso de necesidades desconocidas.

Fácil sería demostrar que la providencia nos desayuna en sus propios platos, después de cada aurora. Pero es la ley misma que trabaja para realizarlo, poniendo para cada situación el hombre que la explique; para cada conflicto la solución que se impone. Para la América encadenada, el Bolívar que la levante del peñasco; para sus indios llenos de melancolía, los poetas que los hagan danzar sobre las ruinas del maya y del inca. Para la América revolucionaria e intervenida, la protesta de todos... Y, para el imperialismo que se desborda, el dique de bayonetas que México ha calado en manos de sus aguilas.

Y cada día nuevas necesidades; y cada día nuevos hombres.

Los intelectuales, representados ahora, en su mayor parte, por sus escritores, por sus poetas y sus pintores, elaboran, o tratan de elaborar el producto autóctono, para des-



Berta Singerman

Vista por SOLANO

pertar el espíritu dormido del Continente. La palabra, antes francesa, o española, o itálica, toma coloraciones propias. Los cuadros—Diego Rivera, Carlos Mérida, Montenegro y otros no me dejan mentir—se estilizan con la manera precolombina, tan segura, tan firme, tan compleja como las importadas del viejo hemisferio. Y mientras los caudillos nos amarran las manos—oh, Nicaragua!—y nos asesinan en territorios extranjeros, el grito atormentado de nuestra América mete pavor por el patetismo de su verdad y la gloria cercana de su revancha.

* * *

Pero todas las civilizaciones tienen su espíritu y su lengua. Y esta raza americana, que llegará a ser el sumum de todas las razas, elabora la suya, con el concurso de afuera y de adentro; con el concurso de las tradiciones indígenas y el de Europa; con el concurso semioriental del Mayab y de las tierras del Inca; en cuyas ruinas ha encontrado el aliento dormido de ignoradas mitologías, tan grandes como las de la India y armoniosas como las de la Hélade. Nuestros poetas empiezan a cantar gloriosas epopeyas que hacen resplandecer las cumbres de las montañas, por la fuerza de sus motivos y el encanto de sus nuevas sonoridades. Los filósofos del nuevo mundo profetizan el advenimiento de la raza amazónica; y, sus sabios, movidos a la investigación propia, escavan los secretos de la tierra desde la Argentina hasta México, y, sacan al sol, los misterios enterrados de nuestra antigüedad, procedentes de la Atlántida. Ya no somos unos niños. Teníamos el cuerpo enterrado en la Historia como en el desierto las esfinges; las garras del león estaban muy hondo, en la roca, hechas piedra... Al fin despertamos a la curiosidad del mundo, con un destino cumplido y otro por cumplir.

* * *

Hablamos de su espíritu y hablamos de su lengua como de las dos alas de un cóndor, sin solución de continuidad, transparentadas casi en la realidad de un cielo que ya viene a envolvernos. De un sentido interior que preña de riquezas los bajeles inéditos. Y, surge también, con la necesidad de esta gestación, el milagro mesiánico de un espíritu que la representa en el verbo: Berta Singerman.

Empecemos por su nombre, que es música y es luz, por decreto de la Providencia [1].

Berth: brillante. Berth, en inglés: ver la luz; ver el brillo del sol. To berth: brillar.

Singer: cantor, el que canta. Man: la persona, el individuo. El que alimenta.

Berta Singerman: persona que canta luminosamente. He aquí cualquiera de estas dos cosas: un decreto providencial o una casualidad de los hombres.

Necesita América un verbo, y él ha aparecido entre nosotros hecho mujer, que es el símbolo de toda belleza, hecho seducción armoniosa, hecho ademán vivo, hecho emoción e idea, hecho canción de carne y hueso, como una verdad bíblica. La unión biológica del sentido y de la música que lo expresa.

* * *

Göethe dijo: «No sé con qué decirlo, porque aún no está hecha mi palabra». América puede decir: ya sé con qué decirlo, porque está hecha mi palabra. Porque la raza nueva no podía hablar un lenguaje tabernario, ni un lenguaje retórico, ni un lenguaje afónico, ni un lenguaje parcial, sino, en cambio, el verbo hecho escultura móvil y sonora, en que el sentido de las cosas realiza el cubismo patético de un arte integral que, como lo ha expresado Omar Dengo, es escultura y es pintura y es poesía y es canto, es una síntesis que ahoga sus partes transfundiendo las unas en las otras, como lo solicita la estética de la raza amazónica.

Nació Berta Singerman en Mozir, Rusia, en 1901. Niña llegó a Buenos Aires, donde se educó y se naturalizó argentina. Su padre fué un artista, un revolucionario en 1905. Un nuevo factor de la raza cosmopolita: el factor semítico.

Hay que ir hacia atrás para entender qué representa este factor semítico injertado en la raza de América. Moisés, el filósofo que vacía el paganismo de su época, en recipientes místicos, unificando la atención de los hombres hacia un Dios universal; Moisés, el fundador del derecho primitivo, el máximo legista de su tiempo; Moisés, el artista soberano del Génesis, para cuya grandeza artística es mínimo el homenaje de todas las trompas. Y David, el de los salmos; Salomón, el autor del *Cantar de los Cantares;* y, después, el divino Jesús, en cuyas manos de lirio cupieron todas las grandezas de Moisés, de David y de Salomón, como levísimas piedras preciosas en bruto. Este es el tronco de la raza semítica. El hacha dionisiaca de Federico Nietzsche se quebró en su corteza como si hubiese sido hecha de porcelana o de cristal.

Luego, en tiempos mucho más cercanos, se advierten análogas capacidades creadoras de los judíos; esta ansia de renovarlo todo o de hacerlo crecer, sin agotar el corazón y la mente: Spinosa, Marx, Einstein: la filosofía trascedental, la revolución política más honda que han presenciado los siglos y la visión científica del mundo objetivo más atrevida de la época moderna.

También los grandes intérpretes musicales. Y en otros generos del arte: La Rachel y Sarah Bernardt. Lo más fuerte de la revolución rusa con Trotzki a la cabeza. Lenin, por el espíritu, aunque no por la sangre, es hijo de Carlos Marx, es judío. E intelectuales de todos los linajes, como Disraelí, Max Nordau, Bergson, Gambeta y Enrique Heine.

Esta es la raza de Berta Singerman, que llega como una advertencia creadora a injertar su alma en los destinos de América.

* * *

Hay que seguir a esta mujer desde su infancia. A los diez años se inclina al arte: empieza a recitar los primeros versos. Su afición por el teatro cobra en ella proporciones considerables. En su casa organiza veladas teatrales, donde sorprende a sus padres y a sus conocidos, por sus dotes artísticas. A los 11 años trabaja con Moris Moscovitch, quien la deja manifestarse libremente en las tablas, con una intuición digna del actual primer actor del teatro shakespeareano de Inglaterra, el mismo señor Moscovitch.

Estudia después el Bachillerato hasta el 4.º año, en que comienza una situación económica precaria que la obliga a ganar el pan con sus propias facultades. Desde esta época se convierte en una importante colaboradora económica de su casa.

Se le concede una beca de declamación en la Biblioteca del Consejo Nacional de Mujeres de Buenos Aires. A los tres años la discípula se transforma en Profesora de la misma materia y allí mismo.

Viene un más intenso desarrollo de su personalidad; y recita versos en reuniones privadas. Después, en el salón «La Argentina», entre periodistas y otros intelectuales. Gran éxito el suyo, que la impulsa a realizar una gira por el interior del país. De retorno a Buenos Aires, va a Montevideo en 1922 y obtiene tal éxito que decide definitivamente su destino artístico. Fué, pues, en Montevideo, donde empezó con Berta Singerman el triunfo de la nueva escuela de declamación, de esta nueva forma de interpretar a los poetas.

Va a Chile. Vuelve al Uruguay. Nuevos triunfos. Hace una temporada de audiciones poéticas en el teatro «Odeon» de Buenos Aires. Se dirije a México. En México el entusiasmo de los públicos la arranca de los teatros y la pone a recitar al aire libre: en la Plaza de Toros, en el inmenso Patio de la Secretaría de Educación Pública, en el gran Estadio. Muchedumbres de diez mil, de catorce mil personas la aplauden frenéticamente. Va a la Habana. Allí el grupo de «Los Minoristas» la recibe con entusiasmo. Vuelve a Chile, Uruguay y Argentina.

Y gesta después el poema más bello de su vida: nace Myriam.

Ya madre, inicia su actuación con una serie de audiciones poéticas al aire libre en «El Prado» de Montevideo, que inspira al gran poeta Juan Parra del Riego una de sus más bellas páginas. Va a Brasil, donde advierte un exquisito temperamento artístico.

No satisfecha con los públicos normales y guiada por un espíritu evangélico, va a los manicomios y a los presidios y les canta sus versos. Ya dijo Juan Ramón Jiménez que el poema interpretado por Berta deja de ser del poeta, para ser de Berta.

¡Berta Singerman en los presidios! ¡Qué espectáculo! Los cronistas uruguayos manifiestan que entre los presidiarios su voz cobró nuevos acentos. El llanto caía de la cara de algunos presos con un dolor iluminado por la belleza física y espiritual de Berta Singerman. Los presos subieron al escenario y hablaron su palabra de gratitud y la regalaron con ramilletes de flores. El arte de Berta pulió entonces una nueva faceta de su espíritu; la que le reclamó Jesús en su hora.

Fué a los manicomios y también allí despertó un extraño entusiasmo, que se tradujo en crónicas que la describaín y en versos que la cantaban. También el loco arrancó de las matas sus flores, para cubrir con ellas la cabeza de la persona que canta luminosamente. Nunca fué más bella la misión de Berta que en las carceles y en los manicomios.

Vuelve al Brasil, al escenario de la futura raza amazónica, a decir, a cantar su arte nuevo. De allí, endereza su nave a Portugal donde la esperan otras hojas de laurel y de olivo. La recibe con todos los honores la «Facultad de Letras» de Lisboa y Julio Dantas exclama: «Madame Singerman es una animadora genial, que pone su voz al servicio de su voluntad». El concierto de los mejores críticos la aplaude...

De Portugal se dirije a España, donde el arte de Berta Singerman triunfa definitivamente.

Díez Canedo siente vértigo ante la *Alegría del mar* de Berta Singerman. Y no es poca la emoción que le provoca el poema cósmico cuando le arranca sonoros adjetivos al maestro de la sobriedad española, Manuel Machado, el poeta de las coplas, dice que «Berta Singerman ha creado, en efecto, el género teatral de la declamación poética». Andrenio, contagiado de un dulce temblor en la voz, exclama: «pertenece al pueblo de las hadas»; «es la ondina del Norte»; «en la recitación dramática o épica parece una posesa, una sibila o pitonisa dentro de la cual habla el Numen». Lírico y hasta sentimental dice el mismo Andrenio: «Es la lira humana. La verdadera juglaresa moderna». Ramón del Valle Inclán dice: «Berta Singerman tiene la rara maestría de armonizar la voz, el ademán y el gesto en una sola emoción». El gran crítico Melchor Fernández Almagro dice: «Berta Singerman marca el punto más alto que podamos conocer en orden al arte declamatorio». Juan

(1) Debemos la explicación de este nombre al Ministro de Instrucción Pública, el escritor don Luis Dobles Segreda.

Ramón Jiménez, espantado de los ruidos, se acoge con alegría a la sombra de sus ritmos, como bajo la sombra de un rosal nuevo. El pagano de *Las Sonatas* y de la *Lámpara Maravillosa* cobra mejores bríos castellanos cuando la escucha recitando los mejores versos españoles.

En Barcelona, después de la primera audición, Tomás Garcés logra trasmitir su emoción a los intelectuales catalanes. Y este entusiasmo da como fruto la recepción de ella en el Ateneo, honor conferido sólo a dilectísimos visitantes. Fué presentada por José María Sagarra. Triunfa ruidosamente ante el público catalán. Se le hace un homenaje popular en el «Palau de la Música Catalana», organizado por los «Amics de la poesía», donde interviene lo más representativo de las agrupaciones del arte popular catalán. Las escuelas le organizan un homenaje y se le entrega un álbum firmado por los niños.

Engenio d'Ors dice en esta ocasión de Berta Singerman: «De Occidente ha venido —y de Oriente—se llama Berta, y es una Voz envuelta en una llama». José Escofet, Mario Aguilar, J. Burgada y Juliá Leonor Serrano y otros publican bellos estudios sobre su arte. Y Farrán y Mayoral, espíritu de una sensibilidad exquisita, publica en *La Veu de Catalunya* un «Comiat a Berta Singerman», que es una de las más bellas páginas para la historia artística de Berta Singerman.

Así, pues, se puede decir que Rusia la dió grande; América la recibió gloriosa y España la confirmó inmortal.

En seguida torna al país que tiene obcecados a los espíritus más fuertes de la América: a México, la nación que está destinada para desenterrar los secretos antiguos del indio y ponerlos de barricada en frente de las invasiones espirituales de ciertos países decadentes. Torna al país que tiene polarizados nuestros destinos. Hacia esta nación la empujan manos ocultas, para que resuma, de cara a las masas mexicanas, las protestas del pueblo contra los imperialismos del Norte, en la canción de Rafael López que se intitula *La Bestia de Oro*. Con este poema y en este país, se puede afirmar que la Singerman ha podido espiritualizar, en su más alto grado, los dolores de la América. También aquí la Universidad le rinde alto homenaje.

* * *

En América los poetas la aman, los críticos la admiran, los pintores le sorprenden sonrisas de Gioconda y los escultores se aprestan a esculpirla en sus mármoles. Los públicos la sienten pasar por sus corazones como una corriente magnética que se desborda.

Luis G. Urbina habla de sus «pupilas astrales»; de su «temperamento eslavo—mejor dijera, semítico—un poco hiperestésico y suprasensible». Y, en un verdadero arrebato de inspiración subyugada escribe que «Berta Singerman es el verbo del delirio». El escritor costarricense Rafael Cardona, en una síntesis llena de acierto, afirma «que está por escribirse una poesía para ella». Molina, el filósofo chileno, le dedica un capítulo de una de sus obras; Gabriela Mistral, un poema de ternura; y Edwards Bello, ponderado por la sobriedad de su estilo, no teme decir que Berta representa «la primera avanzada del arte sintético» a la manera del teatro que Jean Cocteau y otros geniales futuristas pretenden realizar en París». «Berta trabaja por métodos de eliminación», prosigue Edwards Bello, «y tiene una concisión fulgurante», exclama en una certera paradoja, que la resume en un trazo de lienzo.

Pellicer, Núñez y Domínguez, Arévalo Martínez, Samayoa Aguilar, Pereda Valdés, Casals, Kin-Taniya, Enrique Serpa, Núñez y otros rompen a cantar en su presencia, con las sienes coronadas de rosas y los gajos de laurel en las manos.

* * *

La recitación del poema *La Bestia de Oro* de Rafael López, representa la doctrina apostólica que América le exige a Berta Singerman. Este poema, más que ninguno, explica la introducción de este estudio, que ha postulado los ideales iberoamericanos. Es el grito de la raza hecho música en la garganta de una mujer: la protesta más encendida que ha organizado el Sur contra el Norte; es el Ansia entera del Continente traducida en ritmo, traducida en nervio, en sangre, en belleza trágica. Después de escucharla quise decir a Jorge Zalamea: acabo de conocerle la boca y las manos y los ojos y la voz, a la América Española: es bella cómo un ángel, tempestuosa como una deidad prehistórica y fecunda como una loba romana que se prepara a mantener con su leche a los fundadores de la federación de veinte naciones.

Recitando *La Bestia de Oro*, la Singerman debería envolverse en veinte banderas.

Nuestra raza pudo haberle dicho a Berta, parodiando las palabras finísimas de Alfonso Reyes, dichas después de escucharle un poema escrito por el poeta mexicano: «Usted ha hecho de nuevo mi poema. Es como si avisaran a uno por teléfono, que le ha nacido un hijo, y al llegar, se lo encontrara andando» [1].

La de este poema es la vena apostólica de Berta Singerman; es la composición que da la nota que le corresponde dar a esta posesa de nuestros destinos. Hacía falta que las ideas y los sentimientos que ha dado durante tanto tiempo nuestra América en prosas y en versos muertos, se dijesen en Música, anunciando que vendrá una raza nueva, producto de todas las razas del mundo, que sentirá profundos deseos de hablar en música, como los pobladores de otros planetas, presentidos en mi leyenda de *Atlante*. Porque el lenguaje nuestro está encadenado, como Prometeo, y necesita redención. Los pájaros la han conseguido por inocentes y nosotros debemos conseguirla, como lo diría Nietzsche, por la sangre, que es espíritu; por la Belleza, que es feminidad etérea y sinfonismo supersensible; por el dolor, que es luz.

Aquí está, para mí, el gran valor apostólico de Berta, la persona que canta luminosamente, como dice Dobles Segreda.

Carlos Luis Sáenz me ha dicho: ¿Imagina usted *Mi Delirio sobre Chimborazo* dicho por Berta?

La nueva América llegará a escuchar todos sus dolores, todas sus ansias, todas sus alegrías, en *el delirio del verbo*, en el delirio de las ideas y de las emociones.

Posiblemente en una de las próximas etapas de su arte, se trace un programa americanista que estremecerá los cimientos de las ciudades con la energía de la escultura hecha movimiento, de la pintura hecha carne iluminada, con la poesía hecha creación sinfónica y con la música hecha materia que rueda por el mundo.

MOISÉS VINCENZI

San José de Costa Rica,
Marzo de 1927.

1 Suplico a O. D. dispensarme. Me explicaré personalmente.

M. V.

Los que vigilan y aplauden

La Habana, marzo, de 1927.

Señor J. García Monge,

Costa Rica.

Mi buen amigo: Quiero felicitarlo por la significación interamericana que ha tomado el REPERTORIO. Es ya como una tribuna de toda nuestra América. Y en lo que se refiere a los problemas y conflictos de la «zona de influencia» del cruce al Pacífico, es el más caracterizado de todos los heraldos. He lamentado siempre no tener más tiempo para contribuir con asiduidad a esa obra insigne.

Pero algo trato de hacer, quitando a mis ocupaciones y descansos unas horas siempre que hay oportunidad. Este año, si al fin celebramos sesión en la Sociedad Cubana de Derecho Internacional, estudiaré la situación de Nicaragna desde el punto de vista de estos países de la «zona de influencia». Usted sabe que un senador norteamericano propuso a sus compañeros que autorizaran al Presidente Coolidge para que convocará a las naciones de Centro América a una reunión *en Washington* de la que debería salir la confederación. Pidió que esa confederación naciera con restricciones, que no otra cosa quieren decir las ventajas y los negocios asignados a los Estados Unidos en esa proposición. Y yo solicito de la Sociedad Cubana de Derecho Internacional que acuerde lo siguiente: esa confederación, nacida así, afecta a todos los pueblos del mediterráneo americano; y por lo tanto ellos tienen derecho a tomar parte en las deliberaciones, y hasta si se quiere, a fiscalizar los tratados con que la *non nata* nación reconocería la conveniencia de aceptar la Doctrina de Monroe.

Esa es mi cooperación de este año. Ya en 1922 y 1923, con mis conferencias *La intromisión norteamericana en Centro América* y *Centro América intervenida*, cumplí lo que estimaba mi deber. Usted publicó la segunda. Estoy en espera de un poco de estabilidad en mi vida para consagrar toda mi labor a nuestra América. Cuando no tenga bienestar económico que buscar, me lanzaré abiertamente a la lucha.

. . . .

Le ruego tome nota de mi nueva dirección: Industria 19.

Lo saluda con toda amistad,

ENRIQUE GAY CALBÓ.

Una exposición de la infancia

=De *El Mercurio*, Santiago de Chile.=

Entre las exposiciones cotidianas, de frutas, de vestidos para desvestir y de amoblados cubistas, antes del Salón de Otoño, insensato y espléndido como el mismo Otoño, ha estado abierta dos meses en los salones del Jeu de Pomme esta exposición de la Infancia.

Catorce o dieciseis salones que cansan un poco al visitante de ojo lento para la admiración. Público escaso. Hay que recordar que París tiene sus dos tercios de población nómade. El extranjero viene a la ciudad inquietante a ver otras cosas más pimentadas, con enjundia más delirante que una blanca y limpia exposición de la Infancia... No halla aquí acicateo frenético de jazz-band ni los frisos vivos de ancas doradas y negras en una danza. La exposición ha traído menos gente de la que se merece. Mejor para nosotros.

Los pabellones son amplios y a veces entramos en uno como en la «casa de los enanos», preparada espléndidamente y vacía.

En primer término, una demostración gráfica de las obras que en favor de los niños hace París, este París con numerosas trastiendas honradas que los mundanos no ven nunca. Fotografías de grandes *Creches*, tan bien dotadas como las yankees, para decir «generosidad superlativa en la beneficencia»: *pouponnieres* luminosas, repartidas en todos los barrios. El París *francés* muestra sus creaciones insospechadas por el París internacional de las cocottes y los bebedores de *coctails*.

Luego la exhibición comercial —pero muy estética— de las casas productoras de leche: Nestlé, Maggi, etc. Pirámides lácteas, arquitecturas formadas de las gruesas botellas blancas, en las que hay algo del cuerpo ancho de las vaqueras suizas; leches en polvo que nuestras abuelas habrían creído jugarretas del doctor Fausto, —químico de químicas grotescas—; leches en pastas que tienen un año y que guardan la frescura de la nata arrugada; leches líquidas, naturales, y que no son naturales...

Los libros

Ahora la sección de los libros infantiles, o sea la otra leche de las fábulas, que también nutre y es densa y donosa. La literatura infantil francesa es pobre de cantidades. Cuando yo recuerdo la montaña editorial de esta especialidad que yo volteaba encantada en las librerías de Nueva York, me parecen mezquinos estos grupos de volúmenes. El niño, en este y en todos los aspectos, importa mucho menos a la gente latina que a la otra, y el número de sus fabulistas, como el de sus artesanos, es visiblemente inferior. Pero hay que decir también que las calidades de esta literatura sin abundancia, duplican las de aquélla. El inglés ha anegado de mediocridad el género. Escriben para él especialmente mujeres, y suelen hacerlo con una conmovedora voluntad, pero sin imaginación y sin donosura. De tarde en tarde les sale un Barry con un *Peter Pan* maravilloso; mejor lo hacen escandinavos y alemanes.

Perrault sigue siendo el eje de las ediciones infantiles francesas, y el eje, por usado, se afloja. Lo rejuvenece algo la ilustración futurista, de un simplismo genial, medio chino y medio Montparnasse. El pintor —que también es literato— Boutet de Monvel, presenta unos dos volúmenes exquisitos, una *Juana de Arco*, anegada de dibujos cuidados y el *Buen Dios para los niños*, de Francis Jammes. Tal vez los franceses digan respecto de la imaginación infantil que la descuidan porque la tienen y que los otros la espolean más, porque son misérrimos de ella...

Mobiliarios enanos

Lo mejor de la exposición es el mobiliario para niños. Los lectores maestros recordarán conmigo la página expresivísima de la señora Montessori, en la cual habla del ambiente físico del niño. Yo no tengo a mano el libro y citaré a puro recuerdo torpe: «El niño tiene la sorpresa de despertarse en este mundo como un enano en la tierra de los gigantes. Mesas que le parecen montañas, a donde no alcanza; enormes estantes de libros, que cuando él los mira, parecen aplastarlo; sillas en las que se encarama, gracias a una aventura de trapecista. Es un injerto brutal en el mundo de los mayores».

De la pedagogía montessoriana, en una buena parte, viene esta linda industria liliputiense. Es así como yo quisiera ver siempre al intelectual, codo con codo con el artesano, uno proporcionando los tipos, un poco platónicos—¿por qué no?—de las nuevas cosas que él llama a poblar la morada doméstica o la calle civil; el otro haciéndolas a su lado, con la prisa de esta época en que creación y manufactura deben sucederse como dos pulsos rápidos. Pobres de nosotros los que, en Chile o en cualquier otra tierra de América, hacemos nuestros cuentos para el papel en que se amojaman, o hacemos la canción, cuyo motivo no da el salto hacia un arte manual; donde el «hermano artesano» no existe todavía, para que nosotros lo ayudemos y seamos a la vez ayudados por él.

Un lindo dormitorio de niños. Las dos camas están decoradas de gallos, de ostentosos gallos galos, con insolentes colores puros y una erguidura carmesí de crestas, y unos verdes y negros metálicos, que los hacen moverse a puro juego de luces del esmalte. Más allá, otra cama baja como un cojín, en el cual el pequeño contorno de madera está «recorrido» por una ronda de patos, de anchos, graves y grotescos patos de *Nils*.

Un estante de libros, sostenido por dos largos papagayos, gozosos también a fuerza de verdes y amarantos inauditos y con picos magistrales.

Y las risueñas mesas, pequeñas como para el salto de la rata, mesas verdaderamente encuclilladas, también decoradas en la cubierta con pícaras zoologías...

Los muros del dormitorio, como los de la salita de estudio, son fábulas completas que comienzan, por ejemplo, con la clásica aparición del Lobo a Caperucita en un bosque negro y cómplice, y acaban con un Lobo ventrudo, tendido al sol, al que Caperucita se le escapa, viva, por los riñones...

A los niños nuestros la fábula se les queda en el vacío; al que viva en este cuarto precioso, la fábula lo ceñirá con ese abrazo de imágenes fuertes, la fábula se le amarrará a la mesa, tapiz y delantales: se le volverá horizonte.

Sección higiénica

Después, la sección higiénica, con cien modelos de baños de niños, especie de valvas de conchas fantásticas, con mamás-maniquíes (que por cierto no existen, porque las únicas mamás de hoy son las criadas providenciales, en la clase rica); y con bebés más coloreados de roja salud que los gladiolos rosados; magníficas carnaciones de caucho o de yesos complacientes al engaño...

Tapices admirables

Hacia un lado, el Teatro para niños, que funciona todas las tardes y en el que se dan —a beneficio de las instituciones de la infancia—, las fábulas de Perrault o de Grimm. El *foyer* de este teatro de hongos está tapizado de la más sorprendente colección de gobelinos: grandes cuadros de tapices con la Bella Durmiente y Barba Azul, que contienen de veinte a sesenta figuras. También aquí el artesano francés, para mí el más ilustre hombre de Francia, como lo es el italiano en su país, aparece colorista generoso, creador con la lana y la seda de tramas insospechadas en el tejido, sabio en algodones como el literato en adjetivos, refinado sin pedantería, lleno, por el contrario, de un sentido clásico de la naturalidad, cuando hace las estampas de la composición o cuando las copia.

Y yo vuelvo siempre a mi obsesión: No existe cultura cuando un pueblo *no posee su artesano autóctono* y debe comprar desde la alfombra hasta la mayólica. Hacer el artesano superior es cosa más difícil, pero a la vez más importante, que fabricar bachilleres con humanidades que no son, tampoco, humanidades...

Se deja la Exposición con pena. Hemos estado dos horas trepadas sobre las rodillas de la Fábula, que son calientes y mullidas.

Gabriela Mistral

París, diciembre de 1926.

El testimonio de Rivadavia y de Henry George

...Por encima de tantos malos horóscopos hay buenos signos. Los hay hasta del sombrío lado de los Estados Unidos. ¿Por qué no, cuando existen concordancias superiores? Aquí nace Rivadavia; allí Henry George. La América hispánica se mira en el Norte y el Norte se reconoce en el Sur. No siempre fueron los Estados Unidos ese imperialismo rapaz y ese capitalismo inicuo que son ahora. En otro tiempo el espíritu no había sido proscripto de la Unión, ni era perseguida la libertad en su nombre. Franklin, Wáshington, Lincoln no habían sido arrollados aún por las muchedumbres de Broadway. Los Estados Unidos se podían llamar la tierra de Ralph Waldo Emerson. Verbo suyo levantaba los corazones y volvía urgente la acción de cada uno. Fueron aquellos los tiempos de Henry George.

En todo caso, Henry George y Bernardino Rivadavia quieren una sola y misma cosa: la libertad de la tierra, y con ella la grandeza efectiva de las democracias, el último día del feudalismo, el reinado de la justicia social, el pleno triunfo de la libre voluntad de cada hombre. Del Norte al Sur se pueden alegrar las banderas fraternas con este signo de concordia y de paz. La enfiteusis rivadaviana — la que Rivadavia ideó—y el principio georgista de la paulatina absorción de la renta, constituyen el mismo reiterado evangelio. Acaso Rivadavia, segundo Colón, no supo cuán dilatado era el mundo que descubría. George en cambio lo supo muy bien. No hay otra diferencia entre los dos.

* * *

Por lo demás, eran otros tiempos cuando habló Rivadavia y eran otras las inspiraciones del hombre y de la multitud. No comparemos estos turbios días con aquellas mañanas esplendorosas. Eran otros tiempos. Aunque juzgando superficialmente llegare a parecer lo contrario, la palabra y la razón entonces eran mucha cosa. Tenía entonces más legítimos prestigios el talento, y el genio se revestía de toda su autoridad delante de las asambleas creyentes. No digo crédulas. Digo creyentes. Todavía pensar era algo muy serio. Cuando por primera vez habló Rivadavia a su pueblo, era el alba de la nacionalidad, esa hora sagrada. Eran otros tiempos. El arte de la elocuencia no era entonces una juglaría ni el pensamiento una herramienta de alquilar. Todavía los más estaban con los mejores, porque los mejores vivían sinceramente sirviendo a los más. Aunque la espada brillaba desnuda, siendo la fuerza y pudiendo ser la irresponsabilidad, asumía la más escrupulosa defensa del poder civil y de los derechos del pueblo. Así la espada era digna de este nombre. ¡Pues bien cierto que de no ocurrir así, la espada degenera en puñal! Puñal se vuelve en las manos de los tiranuelos aunque sean generales.

Cuando habló Rivadavia, no había nada semejante al socialismo ni reinaba tampoco el feroz egoísmo del derecho romano. No era el caso, en modo alguno, del proverbio germánico. El árbol dejaba ver el bosque, y el bosque no impedía ver el árbol. En un momento como éste, Rivadavia habló. Lo hizo también después: en 1826. Y resonó de seguro la misma voz de 1812. Su mensaje era el mismo: *Forzar el tiempo; actualizar el porvenir.*

* * *

Tanta es la gloria de este gran Rivadavia, honor de América, tan singular y tan alta, que pueden considerarse como secundarias en su obra, iniciativas y labores que exceden con mucho el patrimonio de otros que pasan por próceres. Puede olvidarse todo, para saber no más como él quiso y dispuso que la renta del suelo llegara a ser la única del Estado, en cuyo sistema ni se castigaría más el trabajo con inicuas gabelas ni subsistirían las aduanas, esos fosos de castillo sin ley. El quería, mediante su enfiteusis genial, «todos los efectos benéficos de la propiedad privada de la tierra, sin ninguno de sus inconvenientes, que son fundamentales»; y a tal efecto mandó que la tierra pública no se vendiese ni donase ni cediese a ningún título, sino que se entregase en largo arrendamiento, siempre renovable y transmisible sin laudemio ni otra ninguna traba, de un enfiteuta a otro. Fijábase un cierto canon anual, según el valor real de los fundos, y se establecía su revaluación de diez en diez años. Por tal manera quería Rivadavia poblar los desiertos. Quería, además, la propiedad del Estado amparando la posesión y el trabajo del hombre. Quería la grandeza de la república en la riqueza del mayor número de ciudadanos. Su experimento fué un éxito magnífico. Otro mayor no se conoce en toda la vida política del continente. La mejor España—la de Carlos III—y la mejor de las Francias—la de los fisiócratas—habían hablado por él para un mundo nuevo, como queriendo salvar en tierra virgen, principios de libertad y de justicia desbaratados allí para siempre.

* * *

Entretanto, hay que decirlo: Rivadavia no ha dejado herederos en su patria. Ni legislador, ni gobernante, ni periodista, ni hombre en suma de poder o de influencia se ha enamorado aún de sus ideas. Las creyeron de otra época. Ignoraban que las verdades esenciales de la ciencia social, semejantes a las de toda otra ciencia, no tienen época. Fué así como los argentinos influyentes se entretuvieron en otros sistemas y teorías. Ilustres hombres que hubieran hecho un inmenso bien a la patria, desde tribunas acreditadísimas, no han sabido prohijar esta grandiosa idea de la enfiteusis. Dejaron vacante una herencia que para ellos era.

Rivadavia no dejó descendencia; los monopolizadores de Cádiz y Juan Manuel Rosas sí la dejaron. La inmensa mayoría de los argentinos influyentes hayan muy bien lo que hizo el Restaurador; aquel repartimiento de tierras en premio a sus servidores: a los generales, seis leguas; a los coroneles, cinco; a los tenientes coroneles, cuatro; a los sargentos mayores, dos; a los capitanes, una; a los sargentos, media... ¡Como si se pudiera dar lo que es de todos—el aire, el agua, la tierra—a uno solo!... También les agrada aquella otra proeza fiscal del Gran Rosas: aquellas mil y quinientas leguas bonaerenses, puestas de venta por un solo decreto. Hoy mismo lo aplaudirían. La falaz idea de la pequeña propiedad es el fatal microbio que nos viene aniquilando muchas mentes directrices.

Legisladores, gobernantes, pensadores, periodistas de nota, cultivan sin rubor este lugar común de la vieja Economía. El prejuicio inútil de la *propiedad* los aleja del concepto utilísimo de la *posesión*. No hay duda respecto de que son muy sinceros demócratas, pero apuntalan el feudalismo. Les ofende—tan feudales son—la idea de una república sin impuestos; la idea de una república dueña de toda la renta de su suelo. Sonríen a su teorización, y la tienen los unos por utópica, los otros por anárquica. Así en más de una oportunidad hemos oído abominar del georgismo. Y se abominaba, sabiendo o sin saber, del testamento de Rivadavia. Dicen que aspiran a una Argentina fuerte y aún que aspiran a una América fuerte; pero amando el feudalismo sólo quieren de hecho, la debilidad y la impotencia entre escasas poblaciones y no mensurables desiertos.

Sin embargo, el Sur se mira en el Norte, y el norte se reconoce en el Sur; de suerte que la grandeza del Sur puede ser a corto plazo el contrapeso de la grandeza del Norte. No es sólo un vago anhelo. Nos dan de consuno su testimonio clarovidente Bernardino Rivadavia y Henry George, de extremo a extremo de América.

* * *

Y ahora que bendiga el destino quien nada sepa aún de George, porque en sabiendo algo de él sabrá cosas de las que pueden marcar la hora más noble y decisiva de una bella existencia.

Los treinta y nueve años son ciertamente una edad juvenil en la vida de un hombre fuerte, cuando a los dieciseis años se ha cruzado los mares, de grumete en un buque, zarpando desde Filadelfia o Nueva York, rumbo a las tierras de la India y de la Australia; cuando a los dieciocho se ha buscado oro en California; cuando a los ventidós se ha formado un honorable hogar, cuya primera honorabilidad consiste en dar tantos hijos como Dios manda; cuando a lo largo de veinte años se ha luchado en la brega periodística por la verdad y la justicia, defendiendo a la viuda y al huérfano como prescriben las Escrituras; cuando en lo rudo

de esta brega se ha salido indemne de las cien acechanzas de los ricos, que ni vencieron la voluntad que pretendieran vencer, ni compraron siquiera el silencio que decidieran comprar. Treinta y nueve años contaba Henry George, y era en verdad resplandeciente su vida, cuando concibiera el plan de su obra célebre, *Progress and Poverty*.

Pero es muy conveniente establecer algunas coordinaciones entre las dos figuras que venimos considerando. Nace Rivadavia en Buenos Aires, allí donde se da el grito de la Revolución del Sur; nace George en Filadelfia, allá donde se proclama la Independencia del Norte. Rivadavia y George recorren mucho mundo; mas, en lo tocante a la teoría común, Rivadavia procede íntegramente de los libros, de la cultura, de la ciencia escrita; su gran mérito estriba en saber distinguir el oro de la escoria en tiempos tales que todos se quedaban con la escoria despreciando el oro. George entre tanto como quien aporta la contraprueba práctica de una hermosa verdad teórica, desentraña su sistema en medio mismo de la tumultuosa, múltiple y aventurera sociedad del Oeste californiano. Falta señalar una correspondencia más. Frente a las aguas de nuestro querido Río de la Plata es donde, como por extraño influjo del genio de Rivadavia, se va decidir el destino trascendental de Henry George.

Frente a estas aguas, un suceso trágico (la muerte de un joven amigo, a quien arrebata la fiebre amarilla y cuyo cuerpo debe arrojarse al mar) decide la vocación literaria de aquel grumete sin nombre, que soñando con la dorada California da toda la vuelta de América, ingenuo aventurero en un buque de carga. Hecho escritor así, por la fuerza del sentimiento, cumpliría de la manera más genuina su misión extraordinaria. Las ideas no serían en él una cosa fría, como frío nublado de altas nubes que atraviesan, viajeras indiferentes, un indiferente cielo. El cielo de su alma sería visitado, bien al contrario, por esas otras nubes de los relámpagos, de los truenos, y de las lluvias fecundas: las únicas nubes capaces de arco iris de que después de todo se tenga noticia.

* * *

Es hermoso ver al destino emplear las mayores precauciones en el logro de una idea grandiosa. Desde luego, George, como era lo más conveniente, nace en una tierra próspera y rica. La historia de aquella riqueza estaba a la vista. Allí la colonización —bien a la inversa que en nuestra América hispánica—había seguido el curso de los ríos y los rumbos, las señales y los derroteros de las fuerzas vivas de la naturaleza. La colonización inglesa no se permitió ningún desvarío en el mapa, ni la autocracia ningún capricho, ni fué la sed de oro la suprema razón de las estancias y de los viajes, de las fundaciones y de los abandonos, de las ciudades y de los desiertos, como en estas las tierras de nuestra América. Allí el hombre obedeció a la tierra y la honró trabajándola; allí, pues, el progreso fué suscitado formidable. Libertades públicas, comercio libre, instrucción obligatoria y espíritu de iniciativa acabaron de hacer su grandeza.

De este modo, la América del Norte, al tiempo en que surge George es un vasto laboratorio humano. Y como la tierra, acá y allá, está virgen aún, inocente y desnuda; y como toda su historia es la sencilla crónica de una impetuosa jornada, en que las causas y los efectos, atándose y anudándose con ajustada precisión, dejan una clarísima enseñanza de lógica; y como en esta tierra de hombres fuertes, abolida solemnemente la esclavitud y entregados el trabajo y la industria a una plenitud de libertad, no hay falacia social ninguna que perturbe la visión de un hombre bueno y leal consigo mismo y con los otros; como todos los conjuros, en fin, se han consumado, sin que falte uno solo, la tierra aquí, en el vivo oráculo de una frase vulgar, nacida de los labios de un rústico, revela a su elegido Henry George, la ley de las leyes, y con ella, la única forma de romper el encadenamiento trágico del progreso y la miseria.

* * *

La cosa fué muy sencilla. Regresando de California a Nueva York, no pudo menos de producirle profunda impresión «el notar un aumento de la miseria precisamente allí en donde la industria mostrábase más floreciente». Este extraño fenómeno era su problema obsesivo. Lo era más que nunca cierto día en que había llegado a caballo de excursión a una altura próxima a la ciudad de Oakland. Viendo pues que venía en la dirección opuesta un hombre de los campos, no dejó de dirigirse a él, interrogándole al acaso:

—Diga usted. ¿A qué precio se venden aquellas tierras?

Y le señalaba unas lejanas tierras en que abundaba el ganado.

—De ésas no sé exactamente el precio—repuso el labriego—pero señalando otros campos—allí hay un hombre—concluyó—que quiere vender tierra a un dólar el acre [1].

Bastó. Allí estaban a la vista, miradas desde lo alto, las tierras de elevado precio y las de un dólar el acre. El por qué flotaba en el aire. La verdad resplandecía por encima de las cosas. George se dijo: «Aquí está la causa que encadena el progreso a la miseria. Si allí trabajaran más hombres ya no costaría la tierra un dólar el acre. Creciendo la población crecería el valor de la tierra, y los amos feudales de ella comenzarían a sacar ingentes multas a los trabajadores en forma de alquileres». De este modo, una síntesis nueva fué hecha delante mismo de la verdad. La voz de un rústico, vuelta oráculo, había vibrado reveladora. Henry George, con súbita sugestión, lo había adivinado todo. La renta del suelo no puede ser de uno solo. Es por la fuerza de las cosas una riqueza social.

* * *

Simple como todo esto es el georgismo. La cosa se reduce a la verdadera abolición del régimen feudal y al verdadero triunfo de la democracia, mediante la socialización del suelo y la absorción de su renta en un impuesto exclusivo. La cosa es simple y no hay manera de incurrir con respecto del georgismo ni en obscuridad ni en confusión. Henry George fué de aquellos escogidos en quienes la filosofía de la vida se resume en una firme, honorable y tranquila confianza en el orden del mundo. Está seguro de que no nos gobiernan los ciegos dioses de la fatalidad ni tampoco los del azar y el capricho. Cree en la lumbre de la razón y en la fuerza de la virtud. Cree en la libertad del hombre. Cree más. Cree en las leyes de la universal justicia: el mundo no es una máquina fracasada. Al contrario, el mundo está henchido de sabiduría y liberalidad. De seguro, el hombre hállase rodeado de riquezas. No es cierto que por ley de necesidad deban ser los dueños de la vida unos cuantos eupátridas. Todos pueden señorear. Todos señorearán. La ciencia económica de George no habrá de fundarse jamás en el triunfante materialismo de un siglo malthusiano. ¿Cómo admitir que el hombre no halle su debido sitio en la vida, o que la justicia no pueda regir el desenvolvimiento de las sociedades? Existen—y lo demuestra—leyes sociales tan eficaces y de tan clara vigencia, ora en favor, ora en desmedro del hombre, según las reconozca o las niegue, como las más soberanas leyes cósmicas. Decirlo ya era mucho. Demostrarlo ha sido grandeza sin igual.

Allí están sus verdades netas y absolutas, verificables en lo estático y en lo dinámico de la vida colectiva. León Tolstoi estimaba que revolución alguna lograría nunca más trascendentales transformaciones. Yo no entraré aquí a su exposición. Sería jugar con una explicación harto somera, la suerte de una preclara doctrina en el ánimo de los hombres honrados que me leen. Es preciso acudir a los libros fundamentales de Henry George; siquiera sea a *Progreso y Miseria*. Yo me limito a decirle a usted, amigo de nuestra América y de su libertad, que es mal amigo de la libertad continental el que defiende el feudalismo de las instituciones romanas (la organización feudal no comenzó en la Edad Media sino en Roma); como también le digo que mal se opone a la avasalladora grandeza del Norte el que no propende a la efectiva grandeza del Centro y del Sur.

* * *

De consiguiente, no es el georgismo nada que se aproxime a un embeleco intelectual ni a un ocio más de sobremesa; y en el caso especial de nuestra América no es sino su necesidad más urgente. Por lo demás, es doctrina de enseñar en cualquier sitio y en muy sencillos términos. Nada tiene que ver tampoco—afortunadamente—con los iluminados. No se promete nada que no sea de este mundo. No hay el menor objeto de blanquear los ojos ni de ahuecar la voz. No

1. Algo menos de media hectárea.

requiere su conseguimiento una rareza histórica, ni siquiera un holocausto revolucionario, ni menos dictadura de nadie, ni de uno sobre todos, ni de todos sobre cada uno. Los románticos huelgan. No se pretende nada que no pueda empezar de inmediato. Es necesario fijarlo muy bien. Si hay algo que por ningún lado sea una nueva paparrucha romántica, eso es el georgismo.

Entretanto, se acentúan en la tierra las violencias liberticidas. Así, en nuestro mundo latino, pueblos a cuya cultura y sangre pertenecemos, reniegan de la libertad, con redoblada blasfemia, o declaran proscriptas o muertas las ideas céntricas del liberalismo y de la democracia. Hoy como ayer, acúdese a la forma no al fondo de las cosas.

¡Qué vano perder el tiempo! Lejos estamos de creer que el remedio de las desazones sociales consista en la clausura y supresión del Congreso, o por ventura en el advenimiento de un general que entre a caballo por la Casa Rosada; ni—yéndonos al extremo soviético—en ocupar las bancas de los diputados burgueses con otros tantos diputados obreros. Será repetir la historia de la revolución francesa. Allá y entonces la gran cuestión de la tierra, planteada por los fisiócratas, cedió el puesto a las secundarias y casi anodinas cuestiones de la forma de gobierno. Fué así como se perdió un siglo entero. Ahora estamos de nuevo, donde estábamos en 1789. No es muy deseable, a todas luces, un nuevo salto en el vacío. Al menos en nuestra Argentina, en nuestra América, *es preciso forzar el tiempo*. No de otro modo decía en 1826 el doctor Agüero, genial ministro de un presidente genial, propiciando la enfiteusis. Vergüenza da que no fuera oído. ¡Se levantase del sepulcro y viese! Somos sólo algo más de diez millones de habitantes. Deberíamos ser cincuenta millones cuando menos. Y no cincuenta millones de gente de alboroto y de pobreza, sino cincuenta millones de gente afincada y rica, en fecundo y patriótico disfrute de su campo, de su trabajo de su libertad, de su esperanza: que todo eso quiere el hombre y es lo menos que se le debe dar. Los señores feudales no lo han querido. Rivadavia tendrá estatua, pero Rosas manda de hecho. ¡Su cuchillo se salió con la suya!

Y cuentan que ni Rivadavia ni Henry George quisieron nunca una organización igualitaria, esa barbarie institucional. No aspiraban a otra igualdad que a ésa de la identidad de oportunidades y derechos en el trabajo: la tierra libre, el trabajador dueño de sí, y después, a cada uno lo suyo, lo equitativamente suyo, según la medida exacta de su diligencia, de su laboriosidad, de su ingenio. ¡No, si no eran soñadores! Bien conocían las fuerzas reales del mundo y veneraban la mayor de sus fuerzas que es de seguro la del hombre en la plenitud de su acción bienhechora.

* * *

Rivadavia vino a traer una suprema verdad, que su pueblo no ha sabido acoger. Repetimos que los argentinos influyentes no se decidieron nunca a prohijarla. Lo peor ahora es que Rivadavia tendrá estatua. Corre con ello el mayor riesgo de su inmortalidad. Querrán ahora que se acabe de morir en el mármol que le erijan. No me equivoco si temo. Sabemos de muchas estatuas que no lo son más que monumentos funerarios. Veremos cómo vienen a las definitivas exequias de Rivadavia los anti-enfiteutas. Ya oiremos los discursos. En ellos, ya en lo que digan, ya en lo que callen, se tratará de enterrar en la misma tumba del héroe, el liberalismo y la democracia, bien así como antaño se inhumaba al guerrero con todas sus armas.

Pues decimos desde ahora que es enteramente falso que esté fracasada la democracia y que el liberalismo esté muerto. Dos mentiras tan completas no se encontrarán fácilmente unidas. Muy al revés. La democracia y el liberalismo, encaminados a la liberación georgista, se aprestan a aplastar al feudalismo en su real y tan guardado reducto: la propiedad privada del suelo. Las demás batallas fueron gloriosísimas, sin duda. No diremos que no. Muchas verdades hubo que desencadenar y que libertar de mazmorras. Mas proclamados los derechos del hombre, conseguida la forma republicana, abolida la esclavitud, instituido el sufragio, la batalla decisiva es la que se va a librar. Hay que elegirse puesto. Se acabaron los sofismas y las suspicacias. Ya no hay argucia que valga. Ya conocemos las banderas y los campamentos. Ya sabemos que las banderas son dos, solamente dos: la del feudalismo y la del liberalismo democrático; la la del feudalismo, y bajo ella nos devorarán cuando les plazca los Estados Unidos; y la del liberalismo democrático, bajo la cual, aunque quieran, no nos devorarán. Mas no por rasgo piadoso, que es triste deber la vida a la piedad, sino porque en viéndonos grandes y fuertes no será mucho que nos respeten y nos honren.

* * *

Serán otros tiempos. La peregrinación a Nueva York en busca del eterno consabido empréstito se confinará en la zona de los malos recuerdos El georgismo habrá hecho incluso ese bien. La tierra será la fuente segura de honestos y suficientes recursos. Pero vayamos abandonando desde ahora este sucio vocablo *empréstito* al descaro de los bribones o a la estulticia de los menguados. Persona que se aprecie en América no volverá siquiera a pronunciarlo más. Ved aquí un lema claro en estas cosas del oro extranjero: Capitales, sí; empréstitos, no.

Empréstitos, no; salvo que se trate de un expediente de estos dos: contratar uno nuevo a tipo menor y sin exceder el monto del que se adeuda; o buscarlos en Europa siquiera fuere al mismo tipo, si ha de ser por cancelar los de Wall Street. Es buen consejo y lo recojo: Cuidado con los Estados Unidos. Con sus banqueros, nada; y aun con sus capitalistas, la mayor precaución. El dólar casi siempre esclaviza. Con él nos hipotecamos a los yanquis; con él nos suicidamos sin remedio. La absorción económica y la dominación política son dos cosas idénticas para los reyes del dólar. Y no se diga que les quedamos lejos. ¡Tenemos petróleo en Comodoro Rivadavia! Y el petróleo acerca pavorosamente las distancias. ¿Que no? Tres presidentes argentinos han probado hasta el día las seducciones del americano del Norte; siendo el último el presidente Irigoyen a quien correspondió la honra de desbaratar una combinada ofensiva de amigos, capitalistas y políticos influyentes. ¡Tenga siempre la República, presidentes que defiendan en las fuentes de su petróleo la soberanía nacional y lo poco que resta de la dignidad de América!

* * *

Queremos otros tiempos: En lo público, el acabamiento y absoluto fin del feudalismo; en lo privado, el ejercicio del deber, del deber inmediato y urgente; en lo nacional, un patriotismo generoso y liberal definido en toda ocasión como un resumen de virtudes privadas y públicas.

Y entonces, que se cuide un poco el formidable Cíclope de la caverna panamericana. Un patriotismo alerta es rico en recursos de salvación. No es bueno darse banquete bárbaro con Ulises y sus compañeros. Mejor es trabar con ellos una amistad recíprocamente honorable. El desprecio es un mal consejero. Siempre hay algún vino ardiente grato a los labios de un devorador de carne humana. Lo demás se hace solo. De la propia caverna del monstruo obtuvo Ulises la estaca del venablo y el fuego que consumiría el ojo impávido... No digo que guarden los Estados Unidos los justos miramientos de la mutua dignidad con México, Chile, la Argentina o el Brasil. Digo que los guarden con Nicaragua y Costa Rica, con Santo Domingo y Haití. Digo que no ofendan gratuitamente en lo sagrado. Digo que no se sientan amos porque no lo son, ni es fácil ni equitativo serlo. Digo que no devoren. No acaben diciendo después como el gigante de Homero: «¡Oh, dioses! He aquí cómo se cumplen las antiguas profecías... Había aquí un adivinador que envejeció haciendo profecías entre los cíclopes. Y él me dijo que me ocurrirían cuantas cosas acaban de ocurrirme. Mas yo pensaba que llegaría a mí un hombre dotado de una inmensa fuerza. Y es un insignificante ser el que me ciega, después de haberme embriagado.» En todo caso, Aqueménides, el desventurado griego abandonado entre los cíclopes, no cesará de decir a grandes voces, a quienes quiera que allí arriben: «Huid, huid; cortad los cables que retienen amarrados los navíos, alejaos de estas lamentables orillas.» Hay grandezas malditas.

No sé. La historia está llena de posibilidades. Ellos tendrán la culpa si nos pierden como amigos. Bien lo decía en 1923, Estanislao Zeballos, el eminente internacionalista, en Williamstown, ante un auditorio de prohombres de la Unión: «Es un hecho conocido que en el Nuevo Mundo existe una seria oposición a la influencia de los Estados Unidos y un movimiento de resistencia a la actividad panamericana. Tales tendencias se basan en la idea de que los Estados Unidos

no obran sinceramente en sus relaciones con las otras repúblicas, ocultando en realidad un marcado propósito de dominación política y absorción económica... Me consta que el sentimiento personal de muchos funcionarios latino-americanos es de desconfianza y temor hacia los Estados Unidos.»

Así decía Zeballos. Decía la pura verdad.

ARTURO CAPDEVILA

(Del tomo *América*. M. Gleizer. Buenos Aires. 1926)

El gigante

=Del tomo *Las tinieblas y otros cuentos*. «Colección Universal», Calpe. Madrid.=

—...Ha venido el gigante, el gigante grande, grande. ¡Tan grande, tan grande! ¡Y tan tonto, ese gigante! Tiene manos enormes, con dedos muy gruesos, y sus pies son tan enormes y gordos como árboles. ¡Muy gordos, muy gordos! Ha venido y... se ha caído. ¿Sabes? ¡Se cayó! ¡Tropezó contra un escalón y se cayó! Es tan bruto el gigante, tan tonto... De repente, va y se cayó. Abrió la boca... y se quedó en el suelo, tonto como un deshollinador. ¿A qué has venido aquí, gigante? ¡Vete, vete de aquí, gigante! ¡Mi Pepín es tan dulce y tan gentil!... ¡Se abraza tan lindamente a su mamá, contra el corazón de su mamá! ¡Es tan bueno y tan dulce! Sus ojos son tan dulces y tan claros, que le quiere todo el mundo. Tiene una naricita muy mona y no hace tonterías. Antes corría, gritaba, montaba a caballo. Has de saber, gigante, que Pepín tenía un caballo, un bonito caballo grande, con su cola. Pepín monta a caballo y se va lejos, lejos, al bosque, al río. Y en el río, ¿no lo sabes, gigante?, hay pececitos. No, tú no lo sabes, porque eres un bruto, pero Pepín lo sabe. ¡Pececitos bellos! El sol ilumina el agua y los pececitos juegan, ¡tan bellos, tan listos y ligeros! Sí, gigante, bruto, que no sabes nada...

—¡Qué tonto de gigante! Vino y... se cayó. ¡Qué tonto es! Subía la escalera y, de repente, ¡pam!, se cayó. ¡Ah, qué bruto es! No tiene por qué venir aquí el gigante; no le hemos invitado. Antes Pepín hacía travesuras, pero ahora es tan dulce, tan bueno, y mamá le ama tan tiernamente! Le ama tanto... más que al mundo entero, más que a sí misma, más que a la vida. Pepín es para su mamá el sol, la felicidad, la alegría. Ahora es muy pequeño y su vida es pequeña, pero después se hará grande como un gigante. Tendrá una gran barba y unos largos bigotes, y su vida será grande, clara, bella. Será bueno, inteligente y fuerte, como un gigante, ¡tan fuerte y tan inteligente! Y todo el mundo le querrá, le admirará. Tendrá en su vida penas, porque todo el mundo tiene penas, pero conocerá también grandes alegrías, claras como el sol. Entrará en la vida bello e inteligente, y el cielo azul estará suspendido sobre su cabeza y los pájaros le cantarán sus mejores canciones y el agua le murmurará cariñosa. Y mi Pepín mirará a su alrededor y dirá: «¡Qué bella es la vida!»

—¡Ya... ya!... No; es imposible; te tengo bien fuerte, querido chiquitín mío. ¿No te da miedo la obscuridad? Mira, se ve la luz por la ventana: es el farol de la calle, que nos alumbra! ¡Es tan tonto, ese farol! ¡Se está derecho y alumbra! También a nosotros nos da un poco de luz, Se dice él: «¡Vaya, no hay luz en esa casa, les voy a alumbrar un poco!» ¡Es tan tonto ese alto farol! Mañana nos alumbrará también. Mañana... ¡Dios mío, Dios mío!

—Sí, sí... El gigante... Naturalmente... ¡Es tan grande! Más alto que el farol y que el campanario. Y vino y... ¡se cayó! ¡Ah, qué tonto eres gigante! ¿Es qué no veías el escalón? «¡Yo miraba a lo alto y no vi el escalón!», responde el gigante con una voz de bajo profundo. «¡Yo miraba a lo alto!» ¡Ah, qué bruto eres, gigante! Es mejor mirar abajo: así, hubieras visto el escalón. Mira mi Pepín, gigante; ¡es tan guapo, tan inteligente! Será todavía más grande que tú. Dará unos pasos enormes. Caminará a través de la ciudad, sobre los bosques y las montañas. Será fuerte y valiente, y no temerá a nada, absolutamente a nada. Caminará a través de los ríos. Todos le mirarán con la boca abierta, tan tontos, y él caminará a través de los ríos. Su vida será tan grande, tan clara y tan bella, y el sol brillará sobre su cabeza, el dulce sol, tan bonito. Desde la mañana brillará, el dulce sol... ¡Dios mío, Dio mío!...

—Ya... Vino el gigante y... y ¡se cayó! ¡Qué tonto es ese gigante, Dios mío, que tonto es!...

Así, en la noche profunda, hablaba la madre, estrechando contra su corazón a su hijo moribundo. Paseaba con él, a través de la habitación, iluminada débilmente por el farol, y hablaba sin cesar. Y en la habitación de al lado se oía llorar al padre del niño.

LEONIDAS ANDREIEV

Imprenta y Librería Alsina.—San José de Costa Rica